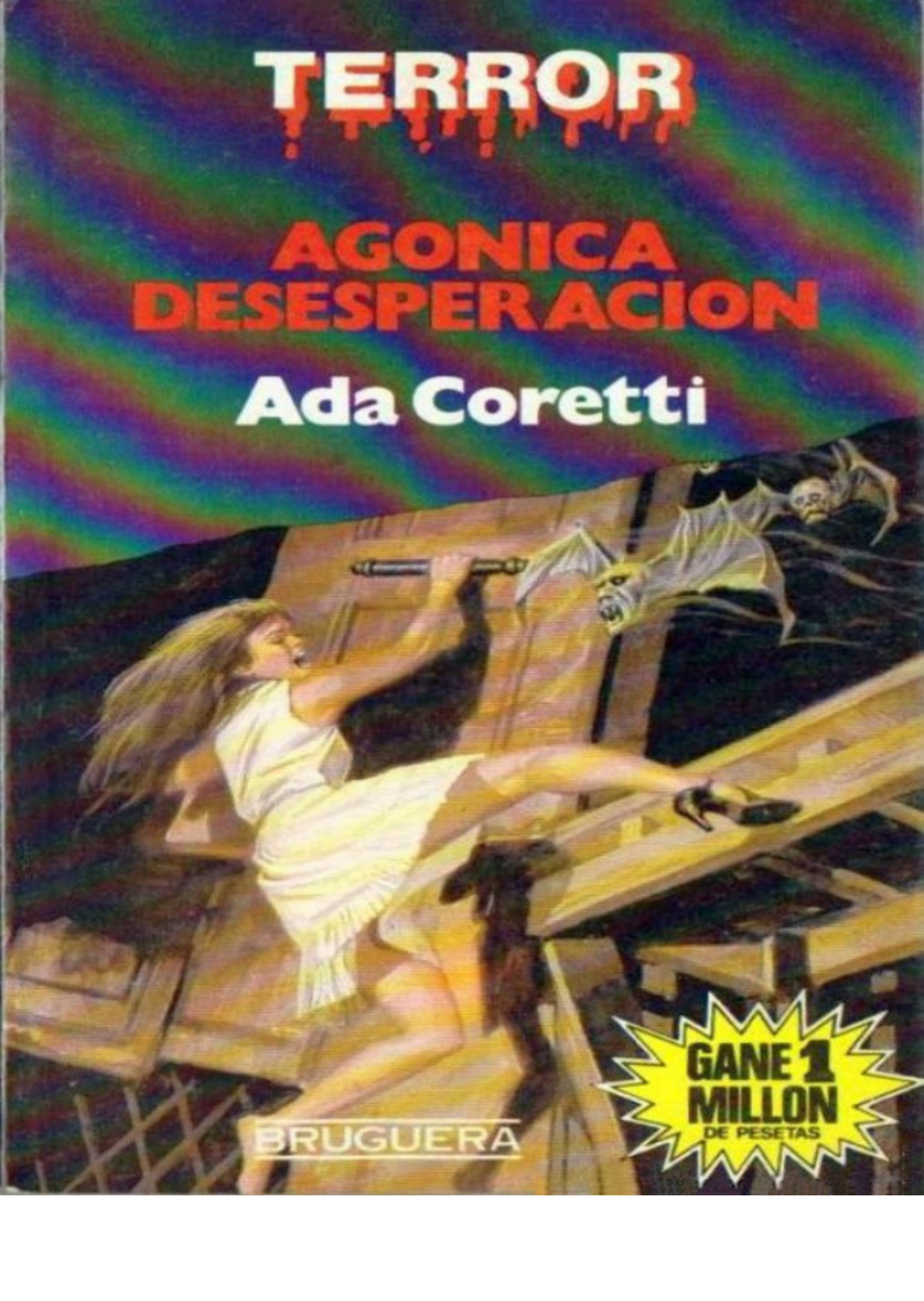

TERROR
AGONICA DESESPERACION
Ada Coretti
BRUGUERA
GANE 1 MILLON DE PESETAS

SELECCION
TERROR

ADA CORETTI

AGÓNICA DESESPERACIÓN

ENCONTRARA OBRAS DE ESTA MISMA AUTORA EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Selección Terror

1º edición en España: mayo, 1985

1º edición en América: noviembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de **Editorial Bruguera, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así

como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación

del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España / Printed in Spain

ISBN 84-02 02506-4 / Depósito legal: B. 1.502 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Valles (Barcelona) - 1985

CAPITULO PRIMERO

Desde el jardín había conseguido abrir el ventanal y colarse en el lujoso despacho-biblioteca. Era un viejo zorro para tales menesteres.

Ahora tenía ya entre sus ojos, bajo el foco de luz de su linterna de bolsillo, el cuadro tras el cual se hallaba empotrada la caja fuerte.

De unos cuarenta años, delgado de cuerpo y anguloso de rostro, Mick Floom se dijo que, al fin, la suerte iba a sonreírle. Sería rico, y podría vivir como siempre había soñado. Todo estaría al alcance de su mano. y eso sucedería dentro de muy poco, en cuanto el contenido de aquella caja de caudales se hallara en su poder.

Cuando salió de la cárcel dos años atrás, estaba lejos de imaginarse algo así. No obstante, en su deambular llegó a Bigurdsson y en esa pequeña localidad había recibido, de esto hacia ya pocos días, una insólita e inesperada proposición. De quien, por lo demás, menos hubiera podido esperarla.

—Tú te las arreglas como sea, eso ya no es cosa mía, para entrar en la mansión de lord Cambell —así le había hablado quien consideró, por lo visto, que él era la persona idónea para convertirse en su cómplice — . Serás tú únicamente quien se arriesgue, pero yo, a cambio, te facilitaré la combinación de la caja fuerte. Puede resultar sencillísimo. Si aceptas —agregó— iremos a medias.

—¿Qué contiene esa caja fuerte? —preguntó él—, ¿Lo sabe usted?

— El anciano lord Cambell tiene el hobby de coleccionar objete» de arte, de oro macizo.

Había aceptado. ¡Cómo no! Nunca tuvo una oportunidad como aquélla.

Y ya estaba allí, a pocos pasos del ansiado tesoro.

Pero Mick Floom, de pronto, se quedó rígido y tieso, petrificado de espanto. ¡Acababa de ver algo alucinante! Una sombra oscura, enorme, en una de las esquinas de aquella amplísima y lujosa estancia. Era una araña gigante.

Vacilante, tembloroso, tuvo que apoyarse en lo primero que encontró. De lo contrario hubiera caído redondo.

La araña movía su abultado abdomen y agitaba sus cuatro pares de patas, mientras sus dos glándulas segregaban un hilo, una sustancia sedosa con la que fabricaba la tela con la que atraparía a la presa de la que, sin duda, pretendía alimentarse.

Pero ¿qué presa habla de necesitar una araña de tal tamaño...?, se preguntó Mick Floom. Y la respuesta le enfrió la sangre, dándole la sensación de que se la dejaba coagulada.

La luz de la linterna había hecho que la araña reparara en su presencia. Enseguida empezó a desplazarse de lugar, yendo amenazadoramente hacia él.

Mick Floom retrocedió unos pasos. Pero si retrocedía no llegada a la caja fuerte y se detuvo.
No obstante, la horrible araña seguía acercándose y pudo percatarse claramente de que era aún más grande de lo que podía haberle parecido. Era tan descomunal, tan monstruosa, que de caerle encima desaparecería entre su cuerpo y sus patas como un pobre gusano.
Pero si daba con rapidez la vuelta a la mesa del escritorio y si ladeaba el cuadro sin pérdida de tiempo y si se apresuraba a poner en el debido orden los números de la combinación, sin duda podría apoderarse de los objetos de arte, de oro macizo, antes de que la araña le alcanzara.
La araña seguía adelante, sin detenerse. Sin embargo, lo cierto es que avanzaba muy lentamente.
No quiso pensárselo más. Se precipitó hacia el cuadro, hacia donde sabía que estaba empotrada la caja fuerte.
Pero había pecado de optimista, o posiblemente de insensato, y la araña, de pronto, articuló velozmente sus cuatro pares de patas, se lanzó hacia adelante y le alcanzó en unos segundos.
Mick Floom se sintió alucinantemente atrapado, pero su horror y su espanto no le impidieron luchar, forcejear denodadamente. Aunque de nada le sirvió hacerlo porque el hilo sedoso que segregaba las glándulas de la araña se le estaba enroscando alrededor de los tobillos y de las muñecas y en poco tiempo se sintió maniatado.
Casi sin darse cuenta se convirtió en la nueva presa de aquella monstruosa araña. Ahora, sin duda, lo trasladaría a su tela, a la esquina de la estancia de donde había salido, y allí le sujetaría aún mejor y le dejaría que muriera de hambre y sed.
Esto en el mejor de los casos. Si era así, podría gritar, pedir auxilio, y lo lógico sería que alguien acudiera en su ayuda.
Pero costaba de imaginar la presencia de aquel horrendo bicho. Tal vez lo tenía allí para que vigilara su caja fuerte.
Mick Floom sacudió la cabeza, queriendo desaturdirse. Sabía que todo aquello había sido una alucinación. Una de las muchas que padecía...
Las padecía desde que echó vitriolo al rostro de su esposa. Desde entonces, sí, sufría la visión de hechos inexistentes. Hechos horribles, insólitos y desconcertantes.
Así, pues, ni existía la araña, ni ésta le había maniatado, ni nada por el estilo.
Estaría curado de su dolencia, quizá, de haber ido a consultar a un doctor. Sin embargo, siempre había preferido protegerse tras un buen trago de whisky. Cuando bebía whisky todo se ponía claro en su cabeza, en su mente. Aunque a veces, debía reconocerlo, se veía obligado a beber demasiado y terminaba no sabiendo lo que se decía.

De cualquier modo, ahora lo tenía fácil. Recurriría a la botella de whisky que llevaba previsoramente en el bolsillo trasero de su pantalón y asunto solucionado. Seguro que era así. Como siempre.
En efecto, Mick Floom bebió un buen trago de whisky y la araña desapareció, se esfumó. Todo volvió a su más absoluta normalidad.
En fin, ya podía continuar con su trabajo. En el despacho-biblioteca no había nadie y la caja fuerte estaba allí, tras el cuadro.
En cuanto puso en orden los números de la combinación y empujó hacia afuera, la caja se abrió. Sin más complicaciones.
Se quedó boquiabierto ante aquellas obras de arte, de oro macizo, que sus ojos contemplaron. Sólo por el oro en sí hubiera ya valido la pena. Empero, su cómplice se lo había dicho, el verdadero valor de todo aquello estribaba en que eran ejemplares únicos en el mundo.
Había ido con una maleta de adecuadas proporciones, y la abrió luego de colocarla sobre la mesa del escritorio. Después, la fue llenando con aquellas valiosísimas obras de arte.
Ya llena la maleta, la cerró y probó su peso. Se trataba de no cargarla tanto que luego no pudiera llevarla hasta el coche que había dejado detenido a unos veinte metros de aquella casa.
Pesaba mucho, muchísimo. Pero podría llevarla. Bien mirado veinte metros no era una distancia excesiva.
Miró el interior de la caja fuerte. Había quedado totalmente vacía.
Pocos minutos más tarde salía al jardín por el ventanal, por el mismo lugar que había entrado. Y ya entre los arbustos se volvió y miró hacia la fachada de la mansión. No se veía ninguna luz. Todo permanecía a oscuras.
Llegó hasta la puerta de la verja. Se hallaba aparentemente cerrada, pero él sabía que sólo estaba ajustada. Así la había dejado.
Salió de allí, por lo tanto, sin dificultades. Y asimismo sin dificultades hizo el recorrido hasta su coche, si bien se cruzó con dos o tres personas. Hubiera preferido no cruzarse con nadie.
Instantes después ocupaba el asiento tras el volante. La maleta la había colocado, luego de acariciarla, en el asiento contiguo.
Una vez puso el motor en marcha, alejándose de allí, ya más tranquilo no tardó en preguntarse cómo era posible que su cómplice supiera con exactitud los números que abrían aquella caja fuerte.
Eso se lo había preguntado ya muchas veces. Le hubiera gustado poder responderse.
Ni antes ni ahora acertó con la respuesta. De todos modos, esto era lo de menos. Las obras de arte, de oro macizo, estaban en su poder. La mitad de su valor le correspondía según lo acordado.
No tardó en encontrarse en la carretera que le llevaría a Bigurdsson. Allí, en la playa, en un lugar previamente acordado, su cómplice le estaría esperando. De no estar aún, debería ser él quien esperara.

Luego se reunirían y terminarían de puntualizarlo todo.
De súbito Mick Floom hizo que el coche frenara. Un poco más y se estrella contra un árbol caído, cruzado en medio de la carretera.
No era un árbol de tronco excesivamente grueso, así que creyó que él mismo, sin grandes esfuerzos, podría retirarlo. Entonces reemprendería el camino.
Salió del coche.
Pero sólo avanzó unos pocos pasos, porque alguien surgió de la cuneta, de entre unos arbustos y le saludó:
—Buenas noches, Mick.
Sufrió un respingo. Ante él se hallaba una mujer con un rostro tan terriblemente desfigurado, tan espantosamente deforme, que el solo hecho de mirarla cortaba el resuello.
—¿No me conoces, Mick? Soy tu esposa...
Recuperó el aliento a duras penas. Se sintió sobrecogido, horrorizado, ante aquel espectáculo dantesco. Porque aquel rostro espeluznante era digno del infierno.
—¿Creías que había muerto... ? —volvió a hablar la mujer, y se acercó a él.
Mick Floom quedó pendiente, más que de sus palabras, del frasco que aquella mujer, su esposa, llevaba en las manos.
—Me dijeron que te habías suicidado —contestó.
Seguía mirando obsesivamente aquel frasco de cristal que contenía un líquido de color verdoso.
—¿Sabes lo que hay aquí dentro? —preguntó la mujer, e hizo mención al frasco de cristal.
—No lo sé —dijo Mick Floom.
—Pues debieras saberlo —repuso ella—. En una ocasión lo utilizaste...
—¿Yo... ? —un temblor convulsivo empezó a agitarle las piernas, haciendo que las rodillas medio se le doblaran.
—Es vitriolo —manifestó la mujer con un tono de voz que parecía salir de las profundidades de ese infierno en el que su propia monstruosidad debía haberle llevado —. Supongo que adivinas — agregó — lo que pretendo hacer.
—No, no... — negó Mick Floom.
Se estaba diciendo que debería echar a correr. Pero también se dijo que echar a correr significaba abandonar el coche y la maleta.
No se veía capaz de hacer semejante cosa. En el contenido de aquella maleta se hallaba la realización de todos sus sueños.
—Voy a dejarte el rostro — dijo la mujer — como tú dejaste el mío. Sólo así podré seguir soportando esta maldita vida.
Mick Floom decidió arrebatarle el frasco. Una vez hecho esto pensó, lo arrojaría al suelo, lo haría añicos. Sería el único modo de poder

sentirse a salvo.
Para coger desprevenida a su esposa, para que ésta no se pusiera en guardia, se le ocurrió empezar a hablar, y lo hizo en son de disculpa.
—Sabía que me eras infiel y los celos me cegaron...
No tuvo tiempo de decir nada más. Su mujer, adivinándole el pensamiento, actuó con rapidez. Destapó el frasco, levantó el brazo y arrojó su contenido, íntegro, completo, sobre su rostro. Sobre aquel rostro que quería que se pareciera al suyo.
Mick Floom no había podido retroceder y soltó un alarido tremendo, rasgando con estridencia la oscuridad de la noche. Una noche que de súbito se había hecho siniestra.
—Ahora ya no tenemos nada que reprocharnos el uno al otro —se rió la mujer.
Mick Floom sacudió la cabeza repetidas veces, queriendo desaturdirse. Sabía que todo aquello había sido una alucinación. Una de las muchas alucinaciones que padecía...
Así pues, no existía aquella mujer con el rostro desfigurado, ni ésta le había arrojado vitriolo a la cara, ni nada por el estilo. Todo eso había sido algo total y absolutamente inexistente.
No, no podía tratarse de su esposa. Su esposa se suicidó dos días después de que él le arrojara el vitriolo a la cara.
En fin, recurriría de nuevo a la botella de whisky. Lo haría de este modo y todo solucionado. Seguro que era así. Como siempre.
Efectivamente, bebió un largo trago de whisky y la mujer que se reía, con el rostro lleno de costras, de cicatrices, de purulencias, se esfumó, se evaporó. En realidad no había existido nunca.
También dejó de existir el árbol caído, taponando el paso por la carretera.
Poco después, Mick Floom le dio de nuevo al motor, mientras se decía que no estaría de más que, ahora que iba a ser rico, visitara a un buen doctor. Sus alucinaciones se estaban repitiendo ya con demasiada frecuencia. A este paso, razonó, acabaría no sabiendo cuándo una cosa era verdad o cuándo era mentira.
Bueno, ya tendría tiempo de reflexionar sobre todo eso. Ahora debía dedicarse a llevar a cabo el plan concertado.
Ya muy cerca de Bigurdsson, Mick Floom dejó la carretera principal y enfiló uno de los caminos que llevaban a la playa. Y ya en la avenida de la playa, condujo a reducida velocidad, mientras miraba a través de los cristales de la ventanilla. Habían acordado que debería detenerse así que viera aparecer la primera casa, la de Karen, la maestra.
Acababa de ver la casa. Por lo que detuvo el coche, apagó las luces, cogió la maleta y se apeó.
Era preciso hacerlo todo al pie de la letra.
Llevando la maleta colgada de la mano derecha, se dirigió hacia la

misma arena de la playa. El mar no estaba muy alborotado, pero, de todos modos, el rumor de sus olas llenaba el silencio de la noche. La espuma de esas olas, a lo largo de la costa, formándose y rompiéndose, sugería algo romántico.
Mick Floom vio cómo la fina arena formaba unos cincuenta metros más allá, algo así a un pequeño montículo. Como si unos niños durante el día hubieran estado construyendo un castillo y éste, durante la noche, se hubiera derrumbado.
Sabía que era allí, exactamente allí, donde debía esperar a su cómplice.
Se acercó al montículo de arena. La maleta pesaba muchísimo. Sería un alivio poder descansar. Sí, ya estaba allí.
Y en eso, de pronto, Mick Floom notó que los pies se le hundían en la arena.
«Son arenas movedizas — pensó —. Van a tragarme, a engullirme...»
Espantado, horrorizado, vio cómo sus piernas habían desaparecido hasta casi las rodillas.
«Si no llevara esta maleta tan pesada no me hundiría tan aprisa.»
Pero no la soltó. No podía soltarla. Ahí dentro había una incalculable fortuna.
Mick Floom sacudió la cabeza repetidas veces, queriendo desaturdirse, Sabía que todo aquello era, de nuevo, una alucinación. Una de las muchas que padecía...
Bueno, recurriría a la botella de whisky que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón y asunto solucionado. Seguro que era así. Como siempre.
Bebió un buen trago. El trago más largo de todos.
Sin embargo, lo cierto es que esta vez no desapareció la sobrecogedora alucinación. No se eclipsó la aterradora visión.
Sus piernas seguían hundiéndose. La arena le llegaba ya a medio muslo.
A la desesperada, bebió un nuevo trago de whisky. No veía otro modo de salir de aquella angustiosa situación.
Pero nada. La alucinación no desaparecía, seguía allí, apresándole, capturándole, y estremeciéndole con su terrible e inmutable realismo.
Gimió.
La arena seguía cediendo bajo sus pies. De manera inexorable.
Gimió de nuevo, mientras sentía que todo su cuerpo se iba hundiendo y desapareciendo entre las movedizas arenas. Ya sólo asomaba la cabeza, y un brazo, el derecho.
Sus últimas y postreras energías las gastó en levantar la maleta como queriendo evitar, si bien de un modo absurdo, que su tesoro fuera sepultado.
Había querido gritar, pero no tuvo tiempo de hacerlo. El grito le quedó

partido, fraccionado en la garganta. En una garganta que no tardó en encontrarse llena, taponada de arena.
El montículo, que antes daba la idea de un castillo construido y luego derribado, en unos pocos instantes había desaparecido. Todo había quedado liso. Como si nada hubiera sucedido.
No obstante, en la arena se notaban ahora algunos movimientos, ciertas sacudidas. Mick Floom, inexorablemente tragado, se debatía a brazo partido con la muerte. La muerte le ahogaba, le asfixiaba.
Poco después todo quedó tétricamente quieto.
En cuanto al mar, el rumor de sus olas siguió llenando el silencio de la noche.
Y la espuma de esas olas, a lo largo de la costa, formándose y rompiéndose, siguió sugiriendo algo romántico.

* * *

Unos niños correteaban por la playa. Se perseguían alegre mente unos a los otros.
— Mirad, aquí hay algo escondido... —dijo uno de ellos, un chico pelirrojo, lleno de pecas.
—Siempre estás fantaseando —le recriminó su más cercano compañero—,¿Qué te imaginas ahora, un tesoro oculto...?
— Podría ser, ¿no9 —brillaban ilusionados los ojos del niño pelirrojo, lleno de pecas —. Un barco pirata, hundido hace siglos, es arrastrado por las aguas hasta estas costas y...
—¡Déjate de tonterías!
— Pero aquí hay algo, fíjate... — insistió.
Decidieron averiguar si eso era cierto. Todos juntos empezaron a sacar arena de aquel lugar. Si había algo, lo encontrarían.
Pero no dieron con ningún cofre lleno de rutilantes joyas, que era lo que. en el fondo, todos ellos estaban soñando.
Se encontraron con el cadáver de un hombre. Un cuerpo en avanzado estado de descomposición.

CAPITULO II

En Bigurdsson nunca sucedía nada de particular. Los días se sucedían plenos de tranquilidad y paz, un poco aburridos, sin apenas alicientes, todo hay que decirlo.
Sin embargo, se encontró el cadáver de aquel hombre y llegó el inspector Deng, un hombre ya mayor, que vivía cerca del lugar, y todos se sintieron inmersos en aquel hecho que, desde luego, no había podido menos de conmoverles profundamente.
El inspector Deng no consiguió averiguar nada, pero se quedó allí, insistiendo en sus interrogatorios y en sus investigaciones. Había recibido órdenes bien concretas y no podía desentenderse de las mismas.
De todos modos, el inspector Deng no era un hombre familiarizado con casos como aquél, así que, no pudo evitarlo, se sintió un poco inseguro. Por ello, posiblemente, no se molestó en absoluto al recibir la visita de Joel Langvin, detective privado.
— Lord Cambell ha contratado mis servicios —le hizo saber el joven de elevada estatura, fuerte, bronceado por el sol.
— Parece darse por descontado — dijo a su vez el inspector Deng— que la víctima fue quien entró en la mansión de lord Cambell y robó en su caja fuerte. ¿No es eso?
— En efecto —corroboró Joel Langvin.
— Pero de ser él, ¿dónde está lo robado? —preguntó — . Junto a su cuerpo no fue encontrado nada.
— Debía tener un cómplice — aseveró el joven detective —.
Quien, a juzgar por los hechos, acabó con él sin demasiado miramiento.
— Sí, claro — asintió el inspect or.
—Aquí en las playas de Bigurdsson —manifestó Joel Langvin — las arenas no son movedizas, son normales, corrientes. Así pues, si la víctima se hundió en ellas, fue porque le prepararon concienzudamente una trampa.
—Sí, claro —asintió de nuevo el inspector.
— Por lo demás, ya quedó demostrado — añadió Joel Langvin — que alguien hizo un hoyo profundo, cruzándolo horizontalmente a la altura que consideró conveniente de cañas no excesivamente débiles pero tampoco demasiado gruesas. Después lo tapó todo con arena. Claro — dedujo a continuación— las cañas debieron partirse una a una al recibir el peso de la víctima y...
—¿Y lo robado? —insistió el inspector—. Debía llevar consigo el botín. Sin embargo, al sacar el cuerpo...
—Su cómplice se daría buena prisa en desenterrar la maleta — puntualizó Joel Langvin —. No sé si lo sabe usted, inspector, pero

más de uno coincide en haber visto a la víctima, la noche del robo, con una maleta que parecía pesar mucho. En fin —añadió—, que yo creo que lo robado debe estar en poder de uno de los habitantes de esta localidad. Ahora sólo nos falta saber quién es esa persona...
— Esa persona ha tenido tiempo de desprenderse de lo robado — apuntó el inspector Deng.
—No se habrá arriesgado a hacerlo —dijo Joel Langvin—. Sabe que usted está particularmente pendiente de quienes salen de la localidad.
—Alguien puede haber llegado de fuera, entrevistándose con él — apuntó de nuevo.
— Demasiado peligroso, excesivamente imprudente —aseguró el detective —. Eso no le pasaría por alto a usted ni a ningún inspector de policía.
— Desde la muerte de Mick Floom hasta el hallazgo de su cuerpo en avanzado estado de descomposición, tuvo tiempo...
—Ignoraba que el cadáver no sería encontrado en varios días y en consecuencia debió optar, lo aseguraría, por permanecer simplemente a la expectativa. Lo dicho —resumió—, lo robado debe estar todavía aquí, en Bigurdsson. Como quien dice debajo de nuestras propias narices.
—¿Cómo averiguar dónde...? — el inspector pareció preguntárselo a sí mismo — . Nadie sabe nada. Nadie ha visto nada.
— Habrá que interrogar a todo aquel que, en mayor o menor medida, pueda parecer sospechoso —dijo Joel Langvin.
—Ya lo he hecho. Le aseguro que los resultados han sido deplorables, descorazonadores.
—Habrá que insistir.
—Mucho me temo que sí.
— Dígame, inspector — se interesó el joven — ¿qué casa es la más cercana a ese lugar de la playa en que la arena se tragó a Mick Floom?
—La de Karen, la maestra —le hizo saber el inspector—. Pero ella estaba fuera de la localidad, visitando a un tío suyo.
— Respecto a la autopsia de Mick Floom...
— Murió de ahogo, de asfixia. La arena que lo sepultó fue la causante de su muerte.
— De acuerdo.
—Yo pensé —dijo el inspector — que quizá estuviera drogado, o narcotizado. Pero nuestro médico forense, el doctor Moddmer, en seguida me sacó de dudas. Nada de drogas ni de narcóticos, sólo unos simples y vulgares tragos de whisky.
—¿Quién es el más rico de la localidad? —preguntó Joel Langvin a continuación.
—Un tal Millet, un viejo tacaño que sólo sabe ser generoso con las

muchachas que consigue meter en su cama.
—¿Y el más pobre...? —preguntó.
— Peter. Vive de lo que pide y de lo que dan. Todo el mundo le tiene por el tonto del lugar. Aunque yo, personalmente, no estoy tan seguro de que sea tonto. Consigue vivir sin trabajar y creo que, en realidad, es esto lo único que pretende.
—¿Quien descubrió el cadáver?
— El hijo de la señora Vernom, un chico pelirrojo, lleno de pecas.
— Dígame algo más de la señora Vernom.
— Es la dueña del único hotel de Bigurdsson. Está situado al lado mismo de la carretera, cerca, por lo demás, de la playa. Pero a pesar de su inmejorable emplazamiento, la verdad es que ese hotel ha sido siempre un negocio poco menos que ruinoso. Por lo menos hasta hace poco.
—¿Ahora va todo bien?
—No hace mucho ha surgido un pequeño manantial cerca de aquí, en el interior de una cueva a la que hasta ahora nadie prestaba atención. Esas aguas han resultado ser medicinales, dicen que curan las dolencias hepáticas. Desde entonces vienen bastantes forasteros, forasteras en su mayoría, a visitarnos. Claro está, se hospedan en el hotel de la señora Vernom, no hay otro sitio donde hacerlo. Por eso le decía...
— Comprendo. Y por cierto, ¿quién es la muchacha más guapa de la localidad? — preguntó acto seguido Joel Langvin.
— Karen, la maestra.
—¿Tiene novio?
—Sólo pretendientes.
—¿Se inclina por alguno en particular?
—Tal vez por Jimmy Millet.
— ¿El viejo tacaño que sólo sabe ser generoso con las muchachas que consigue meter en su cama?
—El mismo.
—Debido a su dinero, es fácil deducirlo, ¿no?
—A Karen no le gusta ser la maestra de Bigurdsson, y yo estoy convencido de que hará cualquier cosa por salir de la mediocridad de su vida.
—Si considera que debo saber algo más, dígamelo, inspector, por favor — repuso tras una pausa Joel Langvin —, Hágase cargo, así empezaré a centrarme en el asunto.
— Max Telles pasó por la carretera con su vieja camioneta —te informó acto seguido —. Estoy refiriéndome, por descontado, a esa noche en la que, según el doctor Moddmer, el forense, sobrevino la muerte de Mick Floom. En consecuencia, pensé que Max Telles podía haber visto algo. Le he interrogado más largamente que a nadie —

agregó el inspector.
—¿Y... ?
—Asegura que nada llamó su atención, y que ni siquiera reparó en el coche de Mick Floom, que éste había dejado detenido en la misma avenida de la playa.
—¿Cree que dice la verdad? — inquirió Joel Langvin.
—No estoy muy seguro.
—¿Qué clase de hombre es?
—Trabaja como recadero. Saca y trae de todo un poco. Tiene treinta años, es alto y recio, y suele decir y repetir que se casará con Karen.
— La maestra.
— Exactamente.
—Y ella, ¿qué?
— Max Telles le gusta, quizá más incluso de lo que ella misma quisiera. De todos modos ya se lo he dicho, ella busca algo distinto.
—¿A quién más ha interrogado? —había de preguntarle Joel Langvin tras rascarse la barbilla.
—A la señora Vernom, la dueña del hotel. Una mujer aún joven, de buen ver, que a mí me resulta sospechosa.
—¿Sospechosa? ¿Por qué... ?
—No sabría decírselo. Debe ser porque parece que me oculta algo. Pero es sólo una apreciación mía, ¿eh?
—¿Y su marido?
—Es viuda.
—¿Hay algún hombre en su vida?
— Lo aseguraría. Pero es muy discreta, no quiere dar que decir. Es lógico, está su hijo de por medio. Además, podría resultar contraproducente para su negocio.
— Bueno —resumió Joel Langvin — ya nos iremos comunicando nuestros respectivos progresos. A ver si entre los dos llegamos a esclarecer los hechos.
Lo dijo simplemente por quedar bien. Joel Langvin estaba seguro de no necesitar a nadie para sacar adelante el asunto.
—Por ese dinero que me ofrece sería capaz de vender mi alma al diablo — acababa de decir una de las dos personas reunidas en aquel lugar, junto a esa cueva en la que había aparecido un manantial de aguas curativas.
—Sabía que sería ésta la respuesta que recibiría —dijo quien, complacido de las palabras que había oído, sonrió un tanto mefistofélicamente —. Pero no lo olvides, habrás de mentir al inspector y deberás hacerlo bien.
—No se preocupe por eso.
—La idea de provocar muertes no es agradable —repuso—. ¡La muerte, en todos sus casos y circunstancias, es tan horrible! Por eso

has de asimilar la idea antes de decidirte. Si luego te arrepintieras de algo...
—No voy a arrepentirme de nada.
—Serán varias muertes —le hizo saber, silabeando entre dientes.
— De acuerdo.
— Entonces, ¿me puedo fiar completamente de ti? ¿Puedo dar por descontado que llegarás hasta el final sin dar síntomas de flaqueza...?
—¿No le he dicho — le interrumpió — que por ese dinero vendería mi alma al diablo?

CAPITULO III

Viola Howart había llegado a Bigurdsson dos días antes.
Así que el coche se detuvo ante el hotel, abrió la portezuela y se apeó, sin hacer el menor caso del joven que la acompañaba y que era quien conducía.
Por la edad de Viola Howart, unos cincuenta añas, parecía sacarse la conclusión de que aquel joven debía ser su hijo, o su sobrino. Pero solicitaron una sola habitación, así que quedó claro que no era ése el parentesco que los unía.
La señora Vernom los observó, mientras firmaban en el libro de registro.
Ella no tenía que haber estado nada mal en su juventud y llevaba muchas joyas encima. El era alto, guapo y rubio y vestía con una exquisita elegancia.
Aquel atardecer, precisamente dos dias después de su llegada, Viola Howart se miro al espejo y arrugó el entrecejo. No es que estuviera mal conservada, pero tenía a su lado el rostro joven y terso de Jeffrey y no cabía comparación posible. Ella era una vieja.
Reflexionó un instante y se dijo que tenía que olvidar el último enfado. Desde que habían llegado al hotel apenas se hablaban y eso no podía ser bueno. Corría el riesgo de que Jeffrey se cansara de aguantarla.
—Jeffrey...
— Dime, querida.
Acababa de demostrarle que seguía siendo el de siempre, amable y comprensivo. Se le acercó con la mejor de sus sonrisas.
—Vale más que olvidemos lo del otro día.
—Si, querida —asintió.
— Me pareció que mirabas demasiado a aquella jovencita, y como te quiero tanto...
— No hace falta que te disculpes, querida —repuso él —. Me hago cargo. De todos modos, puedo asegurarte que para mí sólo existes tú.
—Te llevo más de veinte años —le dijo, aunque estaba de más recordarlo pues saltaba a la vista que era así.
—A no ser por ti —observó él— hubiera acabado en la cárcel por no pagar mis deudas. Como comprenderás, te estoy muy agradecido. Te estoy tan agradecido —puntualizó— que por nada del mundo sería capaz de traicionarte.
— Gracias. Jeffrey.
— Bueno, basta ya de conversaciones tontas —sonrió el joven —. ¿No tienes que ir a beber ese par de vasos de agua? Ahora fue como si se burlara un poco de ella.
—Te aseguro que esa agua me sienta muy bien —repuso Viola Howart, muy seria.

— Pues nada, vete a bebería. ¿Quieres que te acompañe?
— Prefiero ir sola.
— Como quieras —y como viera que ella se disponía a salir de la habitación, le preguntó —: ¿No vas a ponerte las joyas? Te lo digo, porque sé que te gusta lucirías.
— Sí, es cierto. Me encanta llevarlas encima —reconoció.
Se dirigió al tocador, abrió uno de los cajones y sacó un bonito cofre. Una vez éste abierto, echó un vistazo a las joyas que contenía.
Se puso un grueso collar de oro, dos pulseras también de oro en cada muñeca y cinco anillos repartiéndolos en sus dos manos.
— ¿Estoy bien así? — preguntó.
— Da gloria mirarte —elogió él.
— ¡Ah, me olvidaba! —exclamó Viola Howart, y cogió el frasco de perfume.
Se pulverizó generosamente. Le gustaba ir muy perfumada.
— Parece un perfume distinto — comentó tras respirar hondo.
— Es el mismo de siempre, ¿no? — inquirió Jeffrey.
—Si — dijo ella.
— Entonces tiene que ser igual...
—Sí, claro —asintió.
Al salir del hotel, Viola Howart se recreó mirando aquellos alrededores. Le gustaban. Quizá porque había en ellos esa tranquilidad que tan difícil era de encontrar en otras partes.
Siguiendo por la misma carretera, se llegaba pronto a Bigurdsson. Desde allí se veían ya perfectamente sus primeras casas. Pero ella cruzó la carretera, yéndose en dirección contraria. Por lo demás, se alejó de la playa dejando atrás su rumor de olas.
A través de un campo cubierto de crecida y verde hierba, y de frondosos y hermosos árboles, llegó un rato después a un lugar donde, desapareciendo la vegetación casi de un modo súbito, aparecían unos montículos rocosos. Ahí estaba la cueva en cuyo interior había surgido el pequeño manantial que, según se aseguraba, curaba las afecciones hepáticas.
Viola Howart sintió, el primer día que llegó hasta ese lugar, una sensación extraña. Fue como si algo le dijera que sería preferible que no volviera nunca más por allí. Pero pensar eso era una tontería. Una solemne tontería. Por lo demás, a los pocos metros de la entrada de la cueva vio el manantial, el chorro de agua que a lo mejor hacía que su salud mejorara, y lo cierto es que se limitó a avanzar. Al poco abría el bolso que llevaba, sacaba un vaso de plástico y bebía un par de vasos de agua. Lo que le habían aconsejado. Y desde ese mismo instante se encontró mejor. Así que no volvió a hacer caso, en absoluto, de aquella absurda sensación experimentada.
Ahora, no obstante, volvió a sentir aquella misma sensación si bien en

esta ocasión con una intensidad mucho mayor, mucho más viva. De tal modo fue así, que por unos instantes se quedó quieta, totalmente inmóvil.
Pero ¿qué mal podía haber en que se acercara de nuevo al manantial, a aquel chorro de agua clara y cristalina... ?
Mientras se hacía esta pregunta, había avanzado, había llegado hasta allí mismo. No quería ser pusilánime.
En eso, de pronto, te pareció que de dentro de la cueva salía una voz. ¿De hombre? ¿De mujer? No hubiera sabido decirlo.
Una voz que llegó hasta ella tras dar y rebotar en las paredes de la cueva y convertirse en un extraño eco.
La dominó un escalofrío nervioso. Notó cierta dificultad a la hora de tragar la saliva.
Se dijo, no obstante, que se estaba imaginando cosas raras. Eso era todo.
Además, que alguien, una o varias personas, podían estar visitando el interior de la cueva. No hubiera sido nada ilógico. Como fuera, tuvo que comprender que estaba perdiendo los nervios de un modo tonto.
Abrió el bolso, dispuesta a sacar el vaso de plástico.
Sin embargo, no llegó a hacerlo. Perforando la oscuridad que reinaba en el interior de la cueva, acababan de surgir ante ella, ardientes y brillantes como brasas, los amenazadores ojos de un perro.
Aquel animal no pesaría menos de setenta kilos y tenía una dentadura poderosa, impresionante, estremecedora.
De esto pudo percatarse claramente cuando, con las fauces abiertas, avanzó hacia ella.
Un escalofrío, ahora absolutamente justificado, pasó por el cuerpo de Viola Howart dándole la sensación de que rasgaba sus carnes.
El miedo, el terror la invadió ante la acometida ya inminente de la que iba a ser objeto. Soltó un chillido.
Un chillido que se convirtió en grito lacerante cuando el perro le saltó a la garganta.
Sus dentelladas fueron tan fieras, tan terriblemente fieras, que en brevísimos instantes quedó seccionada la yugular y las carótidas. Y la sangre brotó profundamente, a borbotones, a chorros, del cuello degollado.
En el rostro de la víctima quedó un gesto de agónica desesperación.
Había muerto poco menos que en el acto.

* * *

—Señora Vernom..., señora Vernom... —Peter entró jadeante en el hotel —. ¡Oh, es horrible lo que he visto!
—¿Qué pasa? — le preguntó ella, tras el mostrador de recepción.
No estaba dispuesta a hacerle demasiado caso porque estaba ya

acostumbrada a sus tonterías.
—¡Está muerta! —exclamó Peter.
No le gustó aquello y miró con más atención al tonto de la localidad. Un joven delgado y pálido, vestido con andrajos, que en aquellos momentos temblaba como si se encontrara rodeado de escarcha.
—¿Quien está muerto? — quiso saber.
— La dama de las joyas —dijo Peter—, La que vino hará dos días, la que llegó acompañada de un joven alto, guapo y rubio.
—¿Qué broma es ésta? — preguntó la señora Vernom —. Pues no me gustan según qué bromas, ya lo sabes. Conque abstente de hacérmelas o no volveré a darte nada.
—¡Qué emocionante! —exclamó el pelirrojo y pecoso hijo de la señora Vernom, que estaba por allí. —Le aseguro que es cierto, está muerta —dijo Peter—. He pasado casualmente por la cueva, he mirado hacia dentro y ahí estaba... Entre un charco enorme de sangre...
—No puedo creerlo —pero la señora Vernom había empezado a dar crédito a lo oído, de eso que ella también hubiera empezado a temblar. Elevó la voz, llamando a su camarera —. ¡Laurie! ¡Laurie!
Se presentó una muchacha llena de generosas curvas. Tenía el andar insinuante y la mirada ardiente.
—¿Qué desea, señora?
—Sube enseguida a la habitación de... —sin embargo, reparó en que en aquel momento Jeffrey entraba en el hotel y no acabó la frase —. Creía que no había salido — dijo seguidamente al recién llegado.
—He ido a contemplar el mar —contestó Jeffrey—, El mar es siempre un espectáculo muy hermoso.
— Este hombre asegura que... que.... ¡Oh, no sé como decírselo!
—¿Sucede algo malo? —preguntó Jeffrey totalmente tranquilo. Pero había de añadir, tras mirar a unos y otros —. Así parece por la cara que ponen.
Pocos minutos después, Jeffrey llegaba a la cueva y se encontraba con el cadáver de Viola Howart.
— No, no... — musitó, y cayó angustiado sobre aquel cuerpo del que habían desaparecido las joyas.

CAPITULO IV

El inspector Deng y el joven detective Joel Langvin estaban esperando el resultado de la autopsia.
Habían dialogado largamente, pero ahora guardaban silencio. De un momento a otro aparecería el médico forense.
Joel Langvin no era fácil de impresionar, pero aquella pobre mujer degollada a feroces dentelladas le había hecho sentirse sobrecogido. Su gesto de agónica desesperación no era fácil de olvidar.
Vieron que se abría una puerta y que aparecía un joven con bata blanca. No tendría más de veinticinco años.
— Es el ayudante del doctor Moddmer — te informó el inspector Deng.
Instantes después salía el propio doctor Moddmer. Era un hombre de mediana edad, con el cabello encanecido.
No había de tardar en explicarles que la muerte se había producido a causa de las feroces y fulminantes dentelladas de un perro. Dentelladas que, lo que ya se sabía, habían cortado la yugular y las carótidas. La muerte debió haber
sobrevenido casi en el acto.
—¿Se trata de un perro rabioso? — preguntó Joel Langvin.
—No.
—¿Está seguro?
—Totalmente — hubo una absoluta seguridad en la respuesta.
— El perro no ha sido hallado por ninguna parte —apuntó el inspector Deng.
— Puesto que ese perro no estaba rabioso — repuso Joe
Langvin, de ello se desprende que pudo matar a indicación de su dueño y que una vez hecho ya el trabajo...
—¿Y esa muerte con qué finalidad? — preguntó el médico forense.
— No hace falta decirlo, sustraer a la víctima las joyas que llevaba puestas —repuso el inspector.
—Si, claro —asintió.
— En fin, nos vemos obligados a llegar a la conclusión de que el sospechoso tiene un perro —observó acto seguido el inspector.
—Sí, claro —asintió de nuevo el médico forense —. Pero saber eso no es demasiado. Muchos de los habitantes de Bigurdsson tienen perro. Yo mismo —añadió— lo tengo.
— Bueno, gracias por su informe respecto a la autopsia —dijo Joel Langvin.
—Quedo a la entera disposición de ustedes — y miró tanto al inspector como al joven detective.
Este, al salir de allí, se dirigió de nuevo al hotel. Donde tenía cogida una habitación desde el día de su llegada. A pesar de eso, no había conocido con vida a Viola Howart. Sólo había visto un par de veces al

hombre alto, guapo y rubio que iba con ella.
Estaba dispuesto a interrogarle. A él antes que a nadie. Se trataba de empezar a sacar cabos a todo aquel asunto, que desde luego parecía desligado del que, en exclusiva, le había llevado a aquella localidad. Aún así, quería asegurarse de que era de este modo. No, no podía estar seguro de que el móvil de aquella muerte fuera, simple y llanamente, ¡as joyas que llevaba puestas la víctima.
Pero apenas entró en el hotel, la atención de Joel Langvin la acaparó una muchacha de hermosa cabellera rubia, de preciosos ojos castaños. Se hallaba en una de las mesitas del comedor. Había pedido un café.
— Está esperando al inspector — le informó la señora Vernom —. Es la sobrina de Viola Howart.
—Yo la atenderé — repuso el detective, y se fue hacia ella.
—Acabo de llegar — le hizo saber la muchacha luego de las correspondientes presentaciones —. Ha sido algo horrible recibir la noticia de su muerte.
—¿De dónde era su tía? —le preguntó Joel.
— De Cannorlles.
— Una pequeña localidad situada más o menos a unos doscientos kilómetros de aquí, hacia el norte, ¿no es eso?
—Si. Y es mi intención llevármela, en el cementerio de Cannorlles tenemos nuestro panteón. A ella le hubiera gustado reposar allí.
— Me hago cargo.
—Como única sobrina y pariente de ella, supongo que no surgirán inconvenientes y que podré hacerme cargo de...
— Por lo visto te olvidas de mí, Kitty — dijo una voz de hombre.
Alto, guapo y rubio, Jeffrey había avanzado hacia ambos sin ninguna clase de complejos. Lo que a la muchacha le sorprendió un poco. Muerta su tía, todo era ya muy diferente y él tenía que saberlo.
— No me olvido de ti, Jeffrey —repuso la muchacha —. Pero hazte cargo, ella ha muerto y ahora debes dejarme a mí que me encargue de todo. Tú ya no eres... —temió ser demasiado dura o demasiado incorrecta, y se interrumpió.
—Por tus palabras, Kitty, el joven detective va a creer lo que no es—. Se volvió hacia Joel Langvin —. Sepa usted que Viola Howart y yo nos casamos hará cosa de quince días. Aquí tiene el certificado de matrimonio —y metiendo la mano en el bolsillo de la americana, sacó un papel doblado y se lo alargó.
—¿Qué has dicho...? — casi respingó la muchacha.
— Lo que has oído, que tu tía y yo nos casamos. Y hay más... —agregó— y te lo digo, Kitty, para que no te hagas ilusiones. Tu tía hizo testamento a mi favor. Todos sus bienes serán para mí.
—¿De veras? —inquirió Joel Langvin luego de echar un vistazo al

certificado de matrimonio.
— La copia del testamento — dijo Jeffrey— está asimismo a su disposición. Ahora bien — puntualizó, de nuevo mirando a la muchacha —, no tengo el menor inconveniente en que te lleves a Cannorlles sus restos mortales. Supongo que, como tú has dicho, le hubiera gustado reposar allí.
—Si es cierto lo que has dicho del testamento —repuso Kitty—, lo que no dudo dada tu expresión de triunfo, mi enhorabuena, Jeffrey. Será un buen pellizco lo que heredes.
— No tanto como estas suponiendo. Tu tía llevaba puestas casi todas sus joyas, no sé si estás enterada, y han desaparecido. Desde luego, no creo que la policía las recupere, así que ya las doy por perdidas.
—¿Han robado sus joyas... ? —se asombró la muchacha.
—Han debido matarla por algo, ¿no? —inquirió Jeffrey como dando una explicación a lo sucedido.
— De cualquier modo —fue Joel Langvin quien habló a guisa de respuesta —me gustaría hacerle a usted unas cuan tas preguntas...
— Es natural que quiera hacérmelas, debo estar resultándole sospechoso —Jeffrey lo dijo sin alterarse, haciéndose cargo —. Pero debiera comprender, que de ser yo el culpable de lo sucedido, no me hubiera tomado la molestia de sustraer las joyas. ¿A qué quitarle las joyas a mí propia esposa? ¿Por qué iba a hacer una cosa tan tonta?
— Quizá no tan tonta — repuso Joel Langvin — si pensamos que de ese modo resulta lógico sospechar de otra! persona...
— Sí, evidentemente — manifestó, haciéndose cargo —. De todos modos, el asesino fue un perro.
—Sin duda amaestrado —aclaró el detective.
— Pero yo no tengo ningún perro.
—Ya lo sé.
— Bueno, pregunte de una vez.
— ¿Qué hizo usted, en qué empleó usted su tiempo, cuando su esposa se dirigió a la cueva?
—Salí del hotel y me fui a contemplar el mar —dijo Jeffrey.
— ¿Alguien le vio dirigirse a la playa.
—Mucho me temo que no.
—¿Cuánto tiempo estuvo contemplando el mar?
—Bastante rato.
—¿Como cuánto... ? — insistió.
— No lo sé. Sólo puedo decirle que así que regresé al hotel, me esperaba la horrible noticia. Mi esposa había sido hallada muerta, en la cueva...
—¿Por qué se casó usted con Viola Howart? Perdone la indiscreción de mi pregunta. Era mucho mayor que usted y...
—Me llevaba veintidós años.

—¿Se casó por su dinero?
—Sí.
— Lo confiesas con absoluta tranquilidad — le reprochó Kitty —. No me parece ético.
— No es éste el momento de mentir — repuso Jeffrey—. Debieras hacerte cargo, Kitty.
— Bien mirado tienes razón —admitió la muchacha.
— Pero debo decir también —repuso Jeffrey — que he la mentado mucho su muerte. Daría cualquier cosa por devolverle la vida.
—Quiero creerlo así — dijo ella.
—¿Alguna cosa más? —preguntó Jeffrey mirando al detective.
— No por el momento.
— Por cierto, pienso seguir aquí en Bigurdsson una temporada. Se lo comunico para que sepa exactamente a qué atenerse conmigo.
— De acuerdo. Pero, dígame... —le miraron escrutadores los ojos de Joel Langvin — ¿tanto le ha gustado Bigurdsson que ha decidido quedarse?
—A las pruebas me remito —zanjó Jeffrey sin querer por lo visto dar más explicaciones.

* * *

Peter era el tonto de la localidad. No obstante, vivía de eso, de serlo, asi que todo hacía pensar que era bastante más espabilado de lo que parecía.
—Yo sé muchas cosas... —le dijo a Laurie, a la camarera llena de generosas formas, de andar insinuante y ardiente mirada —. Al inspector Deng también le gustaría saberlas, pero pienso que, a lo mejor, me conviene más callármelas... ¿Tú que opinas?
— ¿Qué es lo que sabes? —preguntó .Laurie poniéndose muy nerviosa.
—Algo que tú debes preferir que calle.
—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo? ¡A mi no me metas en líos!
— En algún lío, en todo caso, te meterás tú sola. ¿Sabes? —se rió Peter—, Ayer oí cómo hablabas con no sé quién, por teléfono... Le decías que, por hacer lo que habías hecho, te habían dado cuatrocientas libras. No irás a contarme, preciosa Laurie, que eso te lo ha dado un hombre porque te acostaras con él... Es demasiado... Así que, está claro, te lo han dado por algo distinto...
— Para ser tonto discurres bastante bien. Pero te aconsejo, por tu propio bien, que no me hagas chantaje.
— Chantaje. ¡Qué palabra más fea acabas de pronunciar! Sin embargo, he de reconocer que sí, que a cambio de callar te pido algo...
— Pídeme lo que sea —Laurie estaba poniéndose cada vez más

nerviosa —. Si podemos acabar con este asunto ahora mismo, tanto mejor.
— Me gustas mucho — dijo Peter con gesto bobalicón —. ¡Oh, si supieras cuánto me gustas!

CAPITULO V

Joel Langvin reparó en el lujoso coche detenido cerca de la puerta de la escuela, y en su conductor, un hombre que debía haber cumplido ya los sesenta años.
No le hizo falta ver más para comprender que se trataba de Jimmy Millet.
Sin necesidad de pensárselo dos veces, el detective se situó lo más cerca posible de la puerta de la entrada para así quedar en disposición de hablar con la maestra antes que nadie.
Y efectivamente, poco después estaba dialogando con ella, quien, dicho sea de paso, era una muchacha muy guapa. Tal y como le habían dicho.
—Yo estaba fuera de la localidad aquella noche, había ido a visitar a un tío mío. No pude ver, pues, lo que sucedió en la playa...
—¿Conocía a Mick Floom? —te preguntó el detective.
—No.
—¿Sabe, acaso, de alguien que le conociera?
—Ni idea.
Con sus breves respuestas Karen demostraba que aquel interrogatorio no le gustaba nada.
— El asunto está muy confuso — repuso Joel Langvin —. A propósito, ¿cuándo se enteró usted de la muerte de Viola Howart?
—Al poco de haberse producido. Pero, oiga, ¿usted qué muerte investiga?
—Las dos.
—Eso me había parecido —y en ese momento, no antes, Karen reparó en el buen tipo que era el detective.
— Espero no estar molestándola demasiado —Joel Langvin quiso caerle bien, de ello que le sonriera abiertamente —. Aunque evidentemente estoy contrariando al señor Millet. Es él quien está esperándola en ese coche, ¿verdad?
—Sí —asintió.
— Es su más ferviente admirador.
—Está dispuesto a casarse conmigo —reconoció—, Y como es rico, muy rico, su oferta no me resulta del todo desdeñable. Me lo estoy pensando.
—A juzgar por lo que mis ojos contemplan —paseó su mirada por el gentil cuerpo de la muchacha— no debe ser ése el único hombre dispuesto a casarse con usted.
— Está Max Telles. Trabaja de recadero con su vieja camioneta y se gana la vida bastante bien. Pero a mí eso no me basta, quiero más.
—Es usted muy sincera.
—¿Por qué no serlo? Soy dueña de mi vida.

— Desde luego.
— Por lo que, en consecuencia, puedo aceptar o rechazar a quien sea... Como puedo asimismo darme un gusto o dejar de dármelo...
—Comprendo.
— No, no creo que me comprenda del todo —aclaró Karen—, Quiero decirle con esto, que Max Telles y yo nos atraemos sexualmente, pero que, al margen de eso, ni siquiera somos buenos amigos.
—¿Por qué me lo ha dicho? — preguntó Joel Langvin.
— Han habido dos muertes y usted está buscando al culpable o a los culpables. Yo no desconfío de nadie, pero, por si acaso, le advierto que mi trato con Max Telles es meramente... — se detuvo.
— De acuerdo — dijo Joel Langvin. Había de añadir —: Bueno, no la entretengo más. El señor Millet empieza a impacientarse.
En efecto, el viejo Millet se estaba removiendo mucho en su asiento.
— Debe estar celoso — apuntó Karen —. No traga a los tipos que pasan del metro ochenta.
—Por cierto, ¿conoce usted al doctor Moddmer?
—Es el médico forense. Si, claro, lo conozco.
—¿No está enamorado de usted? Me han dicho que sigue soltero y...
— Nunca se me ha insinuado en ese sentido —repuso Karen —. Lo que no puedo decir de su ayudante, que me va detrás como un perrito faldero. Pero un simple practicante de medicina no tiene nada que hacer conmigo. Por lo demás, yo terminaré casándome con Jimmy Millet. Una boda económicamente ventajosa es lo que me está haciendo falta.
—¿Para salir de una vez de esta localidad que siempre ha sido tan aburrida? — preguntó el detective.
—Y para poder vivir bien. En cuanto a que esta localidad haya sido siempre tan aburrida, no se ajusta a la realidad...
— le corrigió Karen.
—Si quita los dos hechos acaecidos últimamente, aquí nunca pasa nada, todo es tranquilidad y paz. Esto al menos es lo que me han asegurado. ¿O acaso no es así?
— Hará unos ciento cincuenta años... —empezó a explicarle Karen.
—¿Qué sucedió?
— Un jorobado, que nació aquí, y que se apellidaba Nobbert, raptó a una muchacha, a la más hermosa, y se la llevó a un extraño y misterioso lugar que sólo él conocía, donde, tras tenerla amarrada varias horas, la requirió de amores. Ella le dijo que prefería morir a caer en sus brazos y el jorobado, cegado por la ira, le puso las manos al cuello y apretó, apretó desesperadamente hasta que la infeliz criatura perdió la vida.
— ¿Qué pasó después? — preguntó Joel Langvin, si bien convencido de que todo aquello no era más que una vieja historia con mucho de

leyenda.
—Construyó un ataúd y metió dentro a la muchacha, dejándola ya para siempre en aquel extraño y misterioso lugar.
— ¿Qué lugar era ése? ¿Se supo?
— No. El jorobado subió a la horca sin querer decirlo.
— Si acabó en la horca eso significa que su crimen fue descubierto.
— Sus crímenes, en plural —dijo Karen —. El jorobado Nobbert fue raptando a las más bonitas muchachas de la zona, una a una, llevándoselas con él, y a todas, desde luego, terminaba estrangulándolas. Ya muertas las metía en el ataúd que de antemano les había construido... En fin, que aquel extraño y misterioso lugar terminó convirtiéndose en una cripta...
—Pero, bueno, ¿todo eso cómo se supo? ¿Fue acaso el propio jorobado quien lo explicó?
—Sí, y lo hizo con refinados y macabros detalles, pero se negó a decir dónde tenía celosamente guardadas a sus víctimas. Como verá —concluyó Karen — no siempre ha habido tranquilidad y paz por aquí.
— ¿Alguien cree sinceramente en esta historia? —sonrió Joel Langvin.
— ¿Usted no? — preguntó ella.
— No sabría decirle. Pero sí sé algo... — echó una mirada al hombre mayor que seguía al volante de su lujoso coche —. Si no va a reunirse pronto con Jimmy Millet va a darle un ataque de apoplejía.
Evidentemente, Jimmy Millet estaba congestionado, a punto de estallar.
— Si, será mejor que le deje a usted —dijo Karen —, Véngame a ver otro día si cree que puedo ayudarle en algo. Yo no tengo nada que ocultar, ¿sabe?

* * *

Cuando Joel Langvin entró en el hotel, se encontró con una anciana muy elegante y refinada. Acababa de llegar y se estaba interesando por el agua de la cueva.
La señora Vernom le aseguró que esa agua hacía milagros, que eso, al menos, era lo que habían asegurado todos los que la habían tomado. No le dijo, por descontado, que la última persona que lo había hecho había muerto a dentelladas. Se trataba de no espantar a los clientes.
El detective preguntó por Kitty, por la sobrina de Viola Howart. Quería hablar con ella.
La señora Vernom le respondió, así que pudo hacerlo sin que la oyera la anciana recién llegada, que la muchacha había salido. Según ella deducía, pues le había pedido una linterna de bolsillo, debía haberse dirigido a la cueva.

—¿A la cueva? ¿Sola... ? —se sobresaltó Joel Langvin.
—Lo aseguraría —dijo la señora Vernom.
No quiso perder tiempo en dilaciones que no podían conducir a nada positivo y salió del hotel. Era preciso que llegara a la cueva lo antes posible.
No obstante, se vio detenido por quien, desde luego, reconoció en el acto. Era el ayudante del doctor Moddmer.
—¿Señor Langvin...? —inquirió.
—Sí, soy yo —contestó.
— Me gustaría hablarle de un asunto. Es usted detective privado, ¿verdad?
— En efecto.
—Se trata —amplió — de que quizá yo pueda facilitarle una pista.
—Ojalá fuera así.
Joel Langvin pensó que no debía desdeñar la posible colaboración del joven ayudante del doctor Moddmer. Se dispuso a escucharle. Porque perdiera un par de minutos no pasaría nada.
— Me llamo Eric Lee y soy el ayudante del doctor Moddmer.
Debió considerar que lo primero que tenía que hacer era presentarse. Pero tal presentación, desde luego, resultó totalmente innecesaria.
— Dígame, señor Lee.
— Para mi está muy claro quién es el sospechoso número uno... —no pudo evitarlo y carraspeó.
—¿De veras? —quiso animarle a proseguir, pues le vio detenerse como si se hubiera arrepentido de haber empezado a hablar.
—Si alguien me oyera creería que lo digo porque estoy interesado por Karen... —ahora fue como si, en cierto modo, se disculpara.
—Se está refiriendo a la maestra de esta localidad, ¿no es eso? —preguntó Joel Langvin.
—Si —dijo Eric Lee—. Pero, créame, el sospechoso es él...
—A menos que me diga de quién me está hablando, me quedo lo mismo que antes.
—Sí, naturalmente, disculpe. —Eric Lee había vuelto a carraspear. Sólo después de hacerlo, aclaró —: Estoy aludiendo a Max Telles. Trabaja de recadero con su vieja camioneta.
—Sí, ya lo sé — se limitó a decir Joel Langvin.
— Pues en su camioneta está el quit de la cuestión, lo aseguraría. No, no le estoy hablando de la muerte de Viola Howart sino de la de Mick Floom a quien lo tragó la arena de la playa — concluyó finalmente.
—Siga hablándome de eso. Se lo aseguro, me interesan sobremanera sus puntos de vista.
—Se dice que Mick Floom llevaba una maleta y que en esa maleta, en objetos de arte, de oro macizo, había una auténtica fortuna.
— Efectivamente.

— La maleta no apareció.
—No.
—Se dice también que está usted aquí para dar con ella.
—Sí.
— Pero alguien ha podido llevarse los objetos robados a otra parte, a muchos cientos de kilómetros de aquí —dijo Eric Lee—, Y nadie ha podido hacerlo con más facilidad que Max Telles... Con su camioneta...
—Comprendo.
—A mí no me gusta meterme con nadie, pero en este caso concreto... No siento ninguna simpada por Max Telles —reconoció—, Karen le recibe por las noches en su casa de la playa y no creo francamente que sea para jugar al ajedrez.
—Deduzco que no.
—A Karen la pretende el viejo Jimmy Millet y yo creo que terminará casándose con él. A menos que... — no concluyó.
—A menos, ¿qué? —preguntó Joel Langvin.
—Que Max Telles le ofrezca algo que ella considere que vale la pena.
—¿Como qué? —volvió a preguntar.
—Si Max Telles ha sacado de Bigurdsson los objetos que contenía la maleta, recibirá a cambio de su trabajo una buena cantidad de dinero, ¿no cree usted?
—Es muy posible.
— Bueno, pues esto es todo lo que tenía que decirle. En realidad —se vio obligado a carraspear una vez más — no sé si mi pista es buena o no. Ya se encargará usted de averiguarlo...
—Puede darlo por seguro.
—Espero no haberle molestado... Ah, por favor, no le diga al doctor Moddmer que he venido a su encuentro. El doctor creería que sólo me han guiado los celos, ¿comprende?
— Perfectamente. No se apure, no le diré nada.

CAPITULO VI

Un buen rato antes, Kitty se había dirigido a la cueva. Aún era de día. Aún, incluso, hacía sol.
Estaba convencida de que, si buscaba con detenimiento por aquel lugar o sus alrededores, encontraría algo que le llevaría a deducir el porqué y el cómo, exactamente, de la muerte de su tía, Viola Howart. Era una corazonada.
Llevaba el bolso colgado del hombro. Iba vestida con pantalones y jersey, y todo le hacía parecer desenvuelta y decidida.
Había metido la linterna de la señora Vernom en el bolso, dejándola junto a la pistola que, antes de llegar a Bigurdsson, se había dado buena maña en conseguir.
Cuando se enteró de que su tía había muerto a dentelladas de un perro, se dijo que valdría más que ella se armara convenientemente. Decidida a saber lo que realmente le había sucedido a su tía, lo lógico era tomar algunas precauciones.
De cualquier forma, ahora estaba ya ante la entrada de la cueva, cerca del agua pura y cristalina del pequeño manantial.
Y Kitty no se detuvo ante el chorro de agua, adentrándose, sin más, en el interior de la cueva. Acababa, resueltamente, de encender la linterna.
Tardó poco en darse cuenta de que aquella cueva tenía muchos y diversos caminos, muchos y distintos derroteros. Unos y otros se hallaban llenos de inquietantes sombras, o mejor dicho, plagados de tétricas oscuridades. No invitaban a avanzar. Por el contrario parecían evidenciar que hacerlo así podía ser toda una desquiciada locura.
No obstante, Kitty quería ver bien todo aquello. Sólo viéndolo acertaría a sacar sus propias conclusiones.
Sabia, por descontado, que podía aparecer el diabólico perro...
En tal caso, ella sacaría la pistola y dispararía. Para eso la llevaba.
De todos modos, aquellas inmóviles sombras y aquella densa oscuridad eran para poner los nervios a flor de piel.
Enfocó con la linterna las paredes de la cueva. Le había parecido que algo se movía. Pero debían ser meros reparos suyos. ¿Qué iba a moverse...?
Las paredes eran bastante altas y acababan en una bóveda que se curvaba en extrañas y fantasmagóricas formas. Sin embargo, no había en ellas nada de anormal. En seguida pudo constatarlo. Entonces respiró más aliviada.
Pero aquellas galerías ofrecían frecuentes cruces, convirtiendo su recorrido, pues, en intrincados pasadizos que costaba adivinar dónde debían acabar.
La muchacha se vio obligada a pensar que antes de adentrarse en

aquel tugar debía habérselo pensado dos veces. Pero ya estaba allí y quería ver todo aquello lo mejor posible. Así que siguió adelante.
Sin embargo, su propio pensamiento la inmovilizó duran te unos segundos, lo mismo que si los pies se le hubieran clavado en el suelo. ¿Y si luego no sabía regresar? ¿Y si luego no acertaba a volver sobre sus propios pasos?
Como fuera, siguió avanzando tras aquella momentánea vacilación. Siempre ante ella, por descontado, el foco de luz.
De súbito, perforando la tenebrosa oscuridad vio surgir ante ella, ardientes y brillantes como brasas, los ojos amenazadores de un perro.
Kitty se había dicho a sí misma que, de darse esa circunstancia, metería resueltamente la mano en su bolso, cogería la pistola y dispararía. Para eso llevaba la linterna en la mano izquierda.
Pero al ver brillar los ojos del enorme y feroz perro, no hizo nada de eso. Se limitó a ahogar un grito, a retroceder torpemente unos pasos, y a subirse a unas rocas que había cerca de ella. Escalonadas entre sí, casi equivalían a simples y normales peldaños.
El perro hubiera podido lanzarse tras ella. Claro que sí. Su reacción, pues, fue algo infantil.
Sin embargo, el perro dio media vuelta y desapareció de escena. Casi al acto dejó de verle.
Poco a poco, la muchacha logró acompasar la respiración. El peligro había pasado, de momento al menos.
Notó cierto calor en su espalda y se giró, no comprendiendo a qué podía deberse aquello. Entonces reparó en que había una ranura en la pared de la cueva, precisamente muy cerca de la última de las rocas que, puestas una tras otra, componían algo así a una escalera. Por la que ella había subido huyendo de lo que, por un instante, temió que fuera su trágico final.
Tras enfocar la ranura con la luz de la linterna, metió la mano por allí. Lo hizo maquinalmente, en realidad sin pretender nada.
De ello, evidentemente, que su sorpresa fuera mayúscula. Pues la roca se fue apartando, y a la vez descendiendo, y quedó un boquete por el que una persona podía pasar sin dificultades.
Agachándose para poder mirar más y mejor, Kitty sólo pudo ver una pronunciada rampa que concluía unos cuantos metros más abajo.
No se resignó a quedarse sin saber que era aquello. Se sintió espoleada por la curiosidad.
No pensó en el perro que, poco antes, la había asustado tanto y que podía volver a aparecer. Ni pensó en lo que de horrible o de tenebroso podía sin duda haber al otro lado de aquella abertura. Realmente no pensó en nada.
Se deslizó del modo deseado. No acertó a sujetarse debidamente, dio

un traspié y cayó rodando.
Pero lo peor no fue la caída en sí, ni siquiera los metros de rampa que recorrió rodando, sino el lugar donde fue a parar.
Al principio no supo qué lugar era ése. Sólo supo que había caído sobre un largo cajón de madera, o sobre algo muy parecido, y que las maderas habían crujido, partiéndose, rajándose por media docena de lugares a la vez.
En consecuencia, ella fue a parar al interior de ese cajón de madera. Que no estaba lleno del todo, pero tampoco del todo vacío.
Pudo comprobarlo cuando tanteó con ambas manos en el fondo, encontrándose con una cosa de forma más o menos redonda, con dos agujeros a un mismo nivel y otro agujero más abajo.
¡Kitty soltó un grito de horror, de espanto! ¡Tenía entre sus manos una calavera... ! Aquellos dos agujeros eran la cavidad de los ojos y el otro agujero era el vacío que había dejado la nariz al desaparecer.
Estaba dentro de un ataúd, acababa de comprenderlo. Y de verlo, pues se había puesto de rodillas, se había incorporado, y como sea que la linterna había ido a parar al suelo, quedándose encendida, lo cierto es que había bastante claridad a su alrededor.
Una claridad que, aunque amortiguada, llegaba hasta el otro extremo del ancho subterráneo. Resultaba suficiente para que Kitty viera perfectamente que aquello era una cripta... Había dos, tres, cuatro, cinco, seis ataúdes más. No, siete, ocho, nueve ataúdes más. Los contó varias veces. Sí, nueve ataúdes en total. Exactamente.
Todos ellos, a juzgar por su deteriorado aspecto, a punto de desmoronarse como aquel en que ella se hallaba.
Salió del ataúd, temblando como gelatina. Había soltado la calavera en un gesto de auténtico pavor.
Ya fuera del ataúd, se dijo que debía salir de la cueva lo antes posible. No queda averiguar ni descubrir nada más. Todo aquello era demasiado escalofriante. Su serenidad no daba ya para más.
Pero antes de dirigirse hacia la rampa, que indudablemente debería subir si quería llegar a la abertura por la que había entrado, se detuvo, paralizada de horror.
Acababa de ver que, en aquel subterráneo, que formaba un amplio semicírculo, rodeado de ataúdes, había algo más.
Había, en el centro mismo, una profunda charca. Llena de un líquido turbio, espeso, que desde luego distaba mucho de ser agua.
Aquel líquido borboteaba, formaba continuas burbujas. Estaba claro que hervía.
Si ella hubiera caído allí, enseguida su cuerpo habría quedado devorado, diluido, desintegrado. Aquel líquido endemoniado se habría comido su carne en un santiamén e incluso habría corroído sus huesos con suma facilidad.

Ahí dentro, a cualquier persona se le reblandecerían los miembros hasta convertírsele en una pasta viscosa y espesa. No cabía realmente esperar otra cosa.
De pronto, Kitty gritó.
Las pegajosas, las pringosas alas de unos murciélagos habían revoloteado cerca de ella, casi rozándole la cara. Luego se alejaron, refugiándose en lo alto entre espesas y tupidas telarañas.
La muchacha gritó de nuevo...
Pero esta vez no por culpa de los murciélagos, sino de una sombra que acababa de ver al otro extremo del subterráneo.
Debido a la luz de la linterna, la silueta de esa persona había quedado reflejada en una de las paredes.
¡Era la silueta de un jorobado!

* * *

Kitty no pudo soportar por más tiempo tan horrendas visiones y cayó desvanecida. Pero no fue a parar al suelo. La cogieron a tiempo los fuertes brazos de Joel Langvin.
Cuando recobró el conocimiento instantes después, se apretó contra el pecho masculino.
— ¡Oh, qué horror!
— Sí, francamente —dijo él —, no es muy divertido todo esto.
Kitty le refirió a trompicones, muy nerviosa, lo que le había sucedido. La aparición del perro, la roca que se había movido dejando a la vista una abertura por la que pasar hasta ahí dentro, la sombra del jorobado...
Después le preguntó:
—Y usted ¿cómo es que está aquí? Ni caído del cielo.
Le dijo que había preguntado por ella a la señora Vernom y que ésta había deducido que debía haberse dirigido a la cueva. Si le había pedido una linterna para algo así tenía que ser.
—Y se me ha ocurrido venir a hacerle compañía, por si acaso — repuso finalmente Joel Langvin —. Y al oírla gritar... Pero hablaremos luego —se interrumpió a sí mismo —, ahora debemos salir de aquí.
—¿Se ha dado cuenta de que hay murciélagos? —se estremeció la muchacha mirando hacia lo alto.
—Lo que demuestra que existe una salida, que no es la entrada que conocemos. Los murciélagos, evidentemente, deben volar a través de esa salida.
—Pero lo peor ha sido el jorobado... —había vuelto a estremecerse.
—¿Está segura de haberlo visto?
— ¡Naturalmente! ¡Claro que si! Era un hombre jorobado...
—Bueno, tranquilícese, ahora estoy yo a su lado. Pero antes de salir, lo mejor será que eche un vistazo a estos ataúdes...

—¿Va a atreverse? —se atragantó Kitty.
—¿Por qué no? Bien mirado, sólo voy a encontrar los restos de las desdichadas víctimas de un hombre que vivió hace unos ciento cincuenta años. Un jorobado...
—¿Qué... qué está diciendo? —se atragantó aún más la muchacha—. Si vivió hace unos ciento cincuenta años no puede estar ahora vivo...
—Le estoy explicando una vieja historia, simplemente eso. Una historia que no tiene nada que ver con la muerte de tu tía.
— Pero yo he visto al jorobado y al perro... — se lo recordó.
— El perro no la ha atacado.
— Podía haberlo hecho.
— Si no estaba rabioso, no veo la razón.
— Me he enterado, tampoco estaba rabiosa el perro que mató a mi ti a a dentelladas.
—De momento quena ocultarle esta circunstancia —reconoció Joel Langvin—. Para no asustarla más... Pero ya hablaremos luego. Déjeme ahora que...
Se dirigió hacia uno de aquellos ataúdes y levantó decididamente la tapa. Una tapa podrida que casi se deshizo entre sus manos.
Miró hacia adentro, hacia el fondo del ataúd. Sólo vio un esqueleto. Lo que ya se esperaba. El tiempo se había encargado de consumir todo lo que en su día debió ser una linda y hermosa muchacha.
Se dirigió hacia otro de los ataúdes. Hizo lo mismo. Con idéntico resultado, ahí dentro sólo quedaban huesos.
Unos pocos minutos después, su tarea había concluido sin que nada se apartara de lo que, bien mirado, era lo único que cabía imaginarse. Si aquellas muchachas fueron enterradas hacía un siglo y medio, lo lógico era que ya no quedara nada de ellas.
Desde luego, estaba convencido que se trataba de aquellas infelices a las que el jorobado llamado Nobbert fue asesinando una tras otra. Por cuyos crímenes subió a la horca.
Lo que significaba, claro está, que el tal Nobbert murió. Por lo demás, de aquellos hechos hacía ya mucho, mucho tiempo. Si no hubiera muerto en la horca lo hubiera hecho por ley de vida. ¿Cómo, pues, explicarse que Kitty le hubiera visto? Debería pensar en todo ello con un poco de calma.
—Tenga cuidado — le previno la muchacha viendo que se alejaba —. Esa charca no es de agua.
—Ya lo he visto —repuso Joel Langvin. Y comentó—: Morir ahí dentro no debe resultar muy agradable.
Acto seguido, se dedicó a buscar esa salida que, evidentemente existía. Tenía que existir. Por algún sitio entraban y salían los murciélagos.
No encontró la salida. A pesar de que la estuvo buscando con la

linterna en la mano, mientras Kitty, para no quedarse a oscuras, lo seguía agarrándose de su brazo.
—Será mejor que nos vayamos —terminó diciendo Joel Langvin.
— Una excelente idea — aseguró ella.
Subieron por la rampa y salieron por la misma abertura por la que habían entrado a aquel siniestro recinto. Poco después estaban ya fuera de la cueva.
—Oiga ¿cómo es que se ha atrevido a venir hasta aquí, sola, sin protección?
—Quería averiguar algo —contestó Kitty.
—¿Hay algo que averiguar? — preguntó para saber lo que la muchacha opinaba,
—Eso de que mi tía muriera a dentelladas, lo encuentro raro y. ahora más que nunca... Porque el perro no estaba rabioso, y si no lo estaba, ¿por qué la atacó de un modo tan fiero, tan fulminante...?
— Unas buenas preguntas.
—Y para terminar de complicarlo todo, yo he visto al perro... Que no me ha atacado, que se ha comportado de un modo totalmente inofensivo... Quizá no fuera el mismo... Y he visto al jorobado, que en realidad debería estar muerto... Todo junto, un lío muy gordo, ¿no cree usted, señor Langvin?
— Lo que creo, y esto sin lugar a dudas, es que eres un encanto de chica — dijo el detective.
—¿Yo? —se sorprendió.
—¿Acaso no te lo han dicho nunca?
—Sí, sí... —asintió Kitty—, pero no en unas circunstancias como éstas.
—Comprendo, estás aún demasiado impresionada. ¿Qué podría hacer yo para tranquilizarte?
Pareció ocurrírsele de pronto. Cogió a la muchacha por el talle con sus dos manos fuertes y enérgicas, y la atrajo hacia sí. La besó en la boca.
Kitty pensó que ningún hombre la había besado igual, que valdría la pena repetir así que se terciara. Ahora bien, de quedarse más tranquila, de eso nada, todo lo contrario.

CAPITULO VII

Kitty quería llegar al fondo del caso y saber lo que realmente le había sucedido a su tía. En cuanto se verificara el entierro en la localidad de Cannorlles, regresaría a Bigurdsson.
Por lo demás, la verdad es que deseaba seguir viendo a Joel Langvin. Por cierto, así que pudiera le diría que desconfiaba enormemente del guapo y rubio Jeffrey.
En efecto, Kitty volvió a Bigurdsson apenas dos días después. Justo el tiempo de enterrar a su tía, Viola Howart, en el panteón de la familia.
Durante esos dos días no había sucedido nada. Absolutamente nada.
Pero había de suceder aquel día, el mismo de su llegada. Por la tarde. Cuando el sol empezaba a declinar manchando de rojo el horizonte.
Esa anciana elegante y refinada que últimamente había llegado al hotel de la señora Vernom, se dispuso a salir de su habitación.
El agua de la cueva le sentaba bien. Indudablemente se encontraba mejor desde que la bebía. Por lo que acababa de decirse que no debía dejar de beber los dos vasos de agua prescritos. Valía la pena la caminata, no muy larga por lo demás. Pero, en honor a la verdad, le pesaban un poco los años.
Antes de salir de la habitación, la anciana reparó en el frasco de su perfume favorito, del que nunca se olvidaba en sus viajes.
Cogió el frasco y se perfumó. Siempre había opinado que una mujer no es una verdadera dama si la fragancia que la rodea no le da la debida distinción.
Sin embargo, apenas se perfumó, olfateó y arrugó la nariz. Hubiera jurado que le habían cambiado el perfume o al menos se lo habían mezclado. Pero estaba algo resfriada y supuso que se trataba de eso. No le dio importancia.
Estuvo por ponerse alguna joya, pero finalmente optó por no hacerlo. No parecía el momento adecuado de lucirlas.
Al salir del hotel, la anciana se detuvo unos instantes y acarició con su mirada aquellos campos cubiertos de crecida y verde hierba, y de frondosos y hermosos árboles. Luego elevó la mirada y observó el horizonte, que se había puesto rojo...
Muy rojo. Del mismo color de la sangre. ¿Como si quisiera prevenirla de algo?
Anduvo despacio, no tenía prisa Resultaba agradable aquel silencio, aquella paz.
Sin embargo, así que llegó a la cueva, la anciana se sintió inquieta, desasosegada. De pronto, sin saber por qué.
A pesar de eso, se dirigió al chorro de agua, pura y cristalina, que manaba de continuo con un rumor algo cantarín. Quiso desechar esos reparos experimentados de una forma tan tonta.

De una forma, por lo demás, ridícula. ¡Ni que fuera una niña que temiera que de la cueva pudiera salir un horrible y devorador monstruo!
Pero oyó una voz humana. ¿De hombre? ¿De mujer? No hubiera sabido decirlo. Era una voz que salió del interior de la cueva tras dar y rebotar en las paredes y convertirse en un extraño eco.
De pronto, ante ella, perforando la inquietante y tenebrosa oscuridad, acababan de surgir, ardientes y brillantes como brasas, los amenazadores ojos de un perro.
Reparó en sus fauces abiertas. ¡Tenía una dentadura vigorosa, potente, realmente estremecedora!
Horrorizada, en el límite del pánico y del pavor, no supo qué hacer. Sus piernas temblaban y se negaban a sostenerla.
El perro se lanzó sobre su garganta. Y sus dentelladas fueron tan fieras, tan terriblemente fieras, que en brevísimos segundos quedó seccionada la yugular y las carótidas. No hace falta decirlo, la sangre fluyó con increíble y escalofriante profusión del degollado cuello.
La anciana murió casi en el acto.
En su rostro quedó un gesto de agónica desesperación.

* * *

Era ya de noche y la dueña del hotel, la señora Vernom, estaba hecha un fajo de nervios.
Vio entrar a Joel Langvin y a Kitty, sin duda se disponían a cenar juntos, y ya no pudo más. Desde el mostrador de recepción alzó la voz:
— ¡Por favor, señor Langvin, venga...!
—¿Qué le sucede, señora Vernom? — preguntó el detective.
— Estoy preocupada.
— ¿Ah, sí? Pues ¿ qué pasa?
Se lo dijo. La anciana había salido hacia la cueva y aún no había regresado. De eso hacía ya más de dos horas.
—Temo que le haya sucedido algo malo —se angustió — . De ser así, hágase cargo, la culpa sería un poco mía... Debí decirle lo que le pasó a Viola Howart...
—¿Supone, acaso, que ha podido sucederle lo mismo? —preguntó el joven.
—Si — reconoció la señora Vernom.
—Pero ¿qué sentido tendría todo eso? ¿Acaso lo sabe usted? Yo no. Francamente, no —reconoció el detective.
—Si pasó una vez, puede pasar otra, ¿no?
— Iré a buscarla — decidió Joel Langvin —. Creo que es lo mejor que puedo hacer.
—Voy contigo — dijo Kitty.

Llegaron a la cueva. Habían ido casi corriendo. Era como si, en el fondo, estuvieran convencidos de que podía suceder algo grave, si es que no había sucedido ya.
Se encontraron con la infeliz anciana, muerta e inmóvil en medio de su propia sangre. Sólo se oía el rumor cantarín del manantial.
Joel Langvin se agachó sobre el cadáver y estuvo un buen rato cerca de aquel cuerpo sin vida. Acababa de darse cuenta de una cosa. De algo que podía tener mucha importancia.
—Voy a echar un vistazo por ahí dentro — dijo seguidamente, poniéndose en pie.
—Valdría más que dejaras eso para el inspector —apuntó la muchacha, temiendo lo que pudiera sucederle.
—En seguida vuelvo, no te preocupes.
Metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó el encendedor. Apareció la llama, que aunque pequeña y vacilante bastaría para lo que se proponía.
Pero no tuvo ocasión, ciertamente, a proponerse grandes cosas. Apenas se metió entre la oscuridad de la cueva avanzando unos metros, oyó un ruido tras él, y sin más, algo se aplastó sobre su cráneo dándole la sensación de que se lo partían en dos.
Joel Langvin tenía la cabeza muy dura, a prueba de golpes. Y lo demostró al desplomarse redondo, pero, en realidad, sin haber perdido el conocimiento. Haciéndolo ver, sólo eso.
De este modo, su agresor se acercaría confiadamente, sin duda para rematarle, y él le sorprendería lanzándose a sus piernas y derribándole. Entonces vería su cara.
Pero Kitty había oído algo, y temió que estuviera en peligro. Y para ahuyentar al enemigo, cualquiera que éste pudiera ser, se le ocurrió alzar la voz, exclamando:
—¡Corra, inspector Deng, algo le está pasando al señor Langvin en el interior de la cueva! ¡Corra, inspector... !
Y el agresor, creyendo por esas voces que podía ser atrapado, consideró prudente dejar a Joel Langvin en el suelo y desaparecer. Lo que hizo con una rapidez relampagueante.
Lo que, en lugar de beneficiar al detective, le perjudicó. Al huir, al no ir a rematarle, no pudo caerle encima y descubrir quién era. Se quedó con las ganas de saberlo.
— Lo he hecho por ayudarte —se disculpó Kitty—. Si hubiera sabido cuál era tu intención...
— No te preocupes, otra vez será —dijo él, si bien con gesto contrariado —. Por descontado — masculló— a ese pez le haré yo morder el anzuelo. Puedes darlo por hecho.

CAPITULO VIII

El inspector Deng y el detective Joel Langvin estaban esperando el resultado de la nueva autopsia. Se repetía la escena. Sólo había una diferencia entre esta vez y la anterior. Ahora la víctima era una pobre anciana. Antes lo había sido la enjoyada y recién casada de Viola Howart.

Vieron que se abría la puerta de la que estaban pendientes. Apareció Eric Lee, el ayudante del doctor Moddmer con las manos hundidas en los amplios bolsillos de su bata blanca.

Se mostró un tanto indeciso, pero finalmente se decidió, acercándoseles.

— Díganme, ¿han averiguado algo...? —lo preguntó tanto al uno como al otro —. Me refiero a la muerte de Mick Floom y a la desaparición de la maleta que llevaba... Claro —añadió— estas otras muertes deben estar distrayendo la atención de ustedes...

—No sabemos nada —le contestó el inspector, escueto, incluso un poco seco.

De cualquier forma, se abrió la puerta de la que seguían pendientes dejándose ver el doctor Moddmer.

—Esta nueva muerte también ha sido debida a las dentelladas de un perro — afirmó sin ambages el médico forense —. Del mismo perro, aseguraría, que acabó con Viola Howart. Tampoco en esta ocasión estaba rabioso.

—Resulta inexplicable... —rezongó el inspector.

—Sí, inexplicable — convino el doctor Moddmer. Quien agregó acto seguido, tras dirigir una mirada a su ayudante, que seguía allí—: No le hagan mucho caso si les facilita alguna pista... Le gustaría que Max Telles se la cargara porque está enamorado de Karen. Pero esto es todo. No hay más.

—Yo no he dicho nada —mintió Eric Lee —. Está pensando mal de mí, doctor Moddmer.

— No irás a negarme —repuso el médico forense — que desde el primer crimen, el del hombre que se hundió en la arena, estás sospechando a Max Telles y de su camioneta...

—Oh, no, le aseguro que no —volvió a mentir, mientras miraba a Joel Langvin rogándole que no le traicionara.

— Bueno, bueno... — el doctor Moddmer quiso quitar importancia a lo dicho — . Lo que cuenta es que al final termine averiguándose todo. Eso queda en sus manos, inspector, y en las suyas, señor Langvin. Yo ya les he facilitado el resultado de la autopsia, con lo que mi cometido ha finalizado.

— Un momento, por favor —Joel Langvin le detuvo, anticipándose a su intención de dar media vuelta y alejarse.

— No faltaría más.
—¿Cómo es Karen, la maestra de Bigurdsson? A su juicio, claro...
—¿Karen...? — la pregunta pareció llegarle de un modo totalmente inesperado.
—Su casa está situada muy cerca de donde murió Mick Floom... —el detective se lo recordó, por si lo había olvidado — . Hágase cargo...
—Sí, claro — asintió finalmente el doctor Moddmer. Y añadió a continuación —: Karen es ambiciosa.
— No es la mujer que pudiera desear un hombre como usted, ¿verdad?
— En absoluto —aseguró.
— No obstante, usted sigue soltero y posiblemente algún día piense en casarse, ¿no es eso? —quería saber cómo respiraba el doctor Moddmer en plan sentimental.
Sabía demasiado poco del doctor Moddmer. Deseaba saber más. Como deseaba saber más, asimismo, de todos los que estaban en su lista. Era ciertamente una lista muy larga.
—No creo probable que llegue a casarme, me ha pasado ya la edad — contestó el médico forense —. Pero punto y aparte, si hay tantas mujeres complacientes, ¿a qué complicarse innecesariamente la vida?
—Deduzco, por lo que acaba de decirme usted, que a menudo se ausenta de Bigurdsson y que busca en otros lugares más divertidos...
— No, no me ausento nunca de Bigurdsson. Hace años que no salgo de aquí, ¿sabe? Pero aquí —sonrió maliciosamente— también hay mujeres complacientes.
— Estoy convencido de ello — contestó Joel Langvin.
Cuando salieron del edificio, serian las once o las once y media de la mañana, el inspector Deng y Joel Langvin se encontraron con el hijo de la muerta a la que acababa de serle practicada la autopsia. Un hombre de unos cincuenta y cinco años, irreprochablemente vestido.
— Lo sé, mi madre no ha sido el primer caso... —había de decirles luego de enterarse del resultado facilitado por el médico forense —. Hace unos días le sucedió lo mismo a Viola Howart, a quien, por cierto, yo conocía.
—¿Ah, sí? —indagó Joel Langvin.
— Nosotros también vivimos en Cannorlles. La vi en varias ocasiones con su sobrina Kitty, una muchacha muy bonita.
—Sí, desgraciadamente le sucedió lo mismo a Viola Howart —admitió el inspector.
—¿Qué me dice —preguntó Joel Langvin, sin que al parecer viniera a cuento— de un tal Jeffrey? ¿Ha oído hablar de él?
—Sí —asintió—. Se trata de un joven alto, guapo y rubio que iba detrás de Viola Howart, o mejor dicho, de su dinero. No sé nada más de él. ¿Por qué me ha preguntado eso?

— Por nada especial — aseguró el detective.
—A propósito —terció el inspector Deng—, dentro de poco todo estará en orden para que pueda llevarse el cadáver de su madre. Le aseguro —agregó — que el asunto terminará aclarándose.
—Confío en ello —dijo el hijo de la difunta — porque si el perro no estaba rabioso eso significa que, tras ese perro, hay alguien que...
—Que le ordena atacar y matar en determinados momentos — concluyó Joel Langvin— Estoy de acuerdo con usted.
Pero, ¿por qué a mi madre? Era muy buena, no tenía enemigos... Ni pudo robarle nada, porque nada de valor llevaba encima...
— No tiene una fácil explicación — manifestó el inspector Deng —. De todos modos, llegaremos al fondo de la cuestión, puede estar tranquilo.
—Téngame informado, se lo ruego.
— Le telefonearé a Cannorlles así que averigüe algo.
—Se lo agradeceré mucho.
Unos minutos después, el inspector Deng y el detective caminaban por la acera de la calle. En ese momento surgió la pregunta.
—Karen, la maestra, ¿tiene perro?
—Sí —dijo el inspector.
—¿Y Max Tel les?
—También.
—¿Y Peter, el tonto de la localidad?
—Si.
—¿Y Eric Lee. el ayudante del doctor Moddmer?
—Si — volvió a decir.
—¿Y Jimmy Millet, el viejo rico de este lugar?
—Tiene varios. Pero yo, ahora, opino como el doctor Moddmer, el detalle del perro no nos llevará a ninguna deducción positiva. —Y queriendo sin duda tomárselo a broma, el inspector añadió —: Yo también tengo perro, señor Lang- vin, y vivo relativamente cerca de aquí. Si es por eso, hasta yo resulto sospechoso.
Joel Langvin se rió. Lo que no impidió que poco después se pusiera serio y dijera.
— Entremos a tomar un trago.
Estaban ante un bar, casi sin clientes a aquella hora. Eso hacía que el establecimiento resultara adecuado, pues se trataba de hablar con tranquilidad y sin ser interrumpidos.
—Le escucho, señor Langvin. Por lo visto tiene algo de interés que decirme.
—¿Usted a mi no...? — quiso saber el detective.
— No — respondió.
—Creía que había captado el detalle, la circunstancia coincidente y por tal sumamente significativa...

— No he captado nada. ¿De qué me habla?
—Viola Howart se perfumó poco antes de ser muerta a dentelladas por el perro... Su perfume era sutil, delicado... No soy un experto en fragancias, pero aseguraría que se trataba de jazmín o nardo, o quizá de una mezcla de ambas esencias...
—¿Y bien0
— En esa mezcla, empero, había también aroma a heliotropo... —puntualizó Joel Langvin convencido de lo que estaba diciendo.
—¿Y bien? —volvió a preguntar el inspector.
—El heliotropo es una planta originaria del Perú, de flores azuladas, muy olorosas...
—¿Y bien? — inquirió por tercera vez.
—Se trata de que nuestra última víctima, la anciana, también se había perfumado y de que su perfume podía no tener aroma de jazmín ni de nardo, pero sí lo tenía de heliotropo...
— No comprendo a dónde quiere ir a parar.
— Ni yo mismo lo sé — reconoció Joel Langvin —, pero la coincidencia hace pensar, ¿no cree usted, inspector?
—Quizá sí.
—Además, no sé por qué, pero yo aseguraría que hay relación, acoplamiento, entre la primera muerte y estas dos últimas...
—¿Quiere decir que quien acabó con Mick Floom es el mismo que... ?
—Exactamente —no le había dado tiempo a concluir.
El inspector Deng cogió la copa de brandy solicitada y se la bebió de un trago. Sólo después de hacerlo así, la dejó sobre la pequeña mesa que les separaba y opinó:
—¿Quiere que le confiese una cosa, señor Langvin? Me cuesta ir lejos como usted en las deducciones. Pero permita me una pregunta... Si nuestro asesino se quitó de encima a Mick Floom buscando la ayuda de la arena de la playa, ¿por qué ahora cambia de táctica? Los asesinos, normalmente, siempre actúan de una forma parecida, análoga; se copian, se calcan a sí mismos...
— Normalmente sí, usted lo ha dicho. Pero no siempre, sobre todo si consideran conveniente hacer creer que un hecho no tiene que ver con el otro —aseguró Joel Langvin —.
Por cierto — habló sin pausa —, hay otro dato a considerar. A Viola Howart pudieron matarla para robarle las joyas, pero no a la anciana. La anciana no llevaba encima ninguna joya. De lo que se desprende que...
—¿Qué? —inquirió el inspector Deng.
—Que el robo no es el móvil de las muertes acaecidas en la cueva. Lo que nos obliga, nos guste o no, a deducir más allá de lo previsto, de lo lógico. Bueno — resumió Joel Langvin, quien a su vez ya había bebido su correspondiente brandy— esto es todo lo que tenía que

decirle. Ahora voy a interrogar a Max Telles.
—Conmigo nunca ha estado muy comunicativo, es evidente que no quiere facilitarme el asunto. Aseguraría que los policías le caen mal.
— Espero tener más suerte. A propósito, inspector Deng, ¿vive algún jorobado por aquí?
—¿Jorobado... ? —inquirió, sorprendido.
—Eso he dicho.
— No, no que yo sepa — denegó.
—¿Ni en los alrededores?
— No, no — volvió a denegar—, ¿Por qué lo pregunta?
— Por simple curiosidad —dijo Joel Langvin, no queriendo dilatarse en explicaciones.
La verdad es que no le había dicho al inspector lo que a Kitty y a él les había sucedido en el interior de la cueva.

* * *

Joel Langvin había encaminado sus pasos hacia la casa de planta baja en la que vivía Max Telles. Una casa bastante modesta situada en las afueras de la localidad.
Antes de llegar, vio al pelirrojo y pecoso hijo de la señora Vernom. Estaba paseando el perro.
— Hola —se había acercado a él.
— Hola —le respondió el chiquillo, mientras sujetaba al perro por la correa.
— No te atreves a dejarle suelto, ¿eh? —le preguntó el detective como si tal cosa.
— ¡Oh, sí! — aseguró —. Me obedece siempre, es muy dócil. Tiene aspecto fiero, pero es inofensivo. Pero me gusta llevarle cogido, asi me parece más mío. Porque es mío, ¿sabe usted?, me lo regaló mi madre el año pasado, por mi cumpleaños.
—Si no estoy mal enterado — el detective cambió de tema, o simplemente pareció cambiar— fuiste tú quien descubrió el cadáver de ese hombre, bajo la arena.
—Si, fui yo, y mis amigos — dijo el chiquillo —. ¡Vaya susto que nos pegamos! Esperábamos encontrarnos con un tesoro, o con algo así, y dimos con un muerto que olía muy mal.
—¿No viste a nadie por allí? — preguntó Joel Langvin —. Alguien que pudiera parecerte sospechoso...
—Sólo estábamos nosotros, mis amigos y yo. No había nadie más.
—¿Viste luz en casa de la maestra? —indagó a continuación.
— No, todas las ventanas se hallaban a oscuras. La maestra se había ido, no estaba.
— Es cierto, me lo habían dicho. Ahora no me acordaba —despistó Joel Langvin.

—Cuántas muertes en pocos días, ¿eh? —comentó el chiquillo no sin cierta espectante agitación —. Esto parece una película de miedo.
— Pronto se descubrirá al culpable, no te preocupes. —Si no me preocupo — aseguró —. ¡Todo esto es muy emocionante!
—¿No tienes miedo? — quiso saber.
—Claro que no.
Hubieran seguido hablando, pero cerca de allí, por la carretera, pasó el lujoso coche del viejo Jimmy Millet, con éste al volante.
El coche se detuvo.
— ¡Señor Langvin!
Oyó cómo le llamaba y se despidió del chiquillo. Instantes después llegaba a la carretera y se detenía, junto al coche.
— Buenas tardes, señor Millet.
— Discúlpeme que le haya molestado.
— No me ha molestado, estaba paseando, simplemente eso
—dijo el detective.
— Hace días que estoy esperando su visita, ¿sabe? —le habló a través de la ventanilla, cuyo cristal había bajado.
—¿De veras?
—Si he recibido varias veces la visita del inspector Deng, ¿por qué no la suya?
—Quizá porque usted no está en mi lista de sospechosos.
—¿Y por qué no voy a estarlo? Cuando se busca a alguien que no se sabe exactamente quién es, lo razonable es no hacer excepciones. Usted debe saberlo mejor que yo mismo.
—Bueno, dígame para que me ha llamado.
— Para eso —dijo Jimmy Millet—, para decirle que estoy esperando que vaya a visitarme, o a interrogarme, como prefiera.
—¿Acaso tiene algo especial que contarme?
— Lo mismo que le he dicho al inspector Deng, se lo diré a usted, ni más ni menos. Pero usted, a lo mejor, saca más conclusiones. La verdad, el inspector Deng me parece un hombre poco acostumbrado a enfrentarse a ciertos hechos. Sépalo, confío más de usted.
—Gracias.
—¿Vendrá a verme?
—Un día de éstos.
—¿Seguro?
—Sí — afirmó Joel Langvin.
El coche arrancó, por lo que pudo observar como Jimmy Millet se dirigía hacia el centro de la localidad. Ahí tenía su residencia, llena de lujos y comodidades.
El detective, tras unos instantes de reflexión, siguió hacia la casa de Max Telles. Al pelirrojo y pecoso hijo de la señora Vernom ya no se le veía.

—¿Qué desea? — Max Telles se lo preguntó con malos modos así que le abrió la puerta.
Alto, fuerte, parecía llenar el quicio de la puerta. Pero su estatura, empero no sobrepasaba la de Joel Langvin.
—Yo soy... —empezó éste a decir.
—Sé de sobras quién es —le interrumpió —. Y será mejor que se lo diga, me caen tan mal los policías como los detectives.
—¿Y eso por qué? Ni que temiera que se averiguara algo de su vida...
— No tengo nada que ocultar, pero me molesta enormemente que se recele de mi.
—¿Se recela? — preguntó Joel Langvin —. No lo sabía.
—Como tengo una camioneta y entro y salgo con frecuencia de Bigurdsson, eso parece dar pie a...
—¿A qué? — preguntó Joel Langvin.
— ¡Vaya usted a saber!
—¿No va a decirme que pase?
— Prefiero que hablemos aquí. A mi madre le desagradan tos policías tanto como a mí.
—Yo no soy policía
—Es un detective, viene a ser lo mismo —sus malos modales no habían decrecido —. Bueno, si ha de preguntarme algo hágalo ya... —en aquel momento se oyeron unos ladridos—. Es mi perro —dijo.
—Está usted interesado por Karen, ¿verdad? —hizo como si los ladridos le hubieran pasado por alto.
—Es la suya una pregunta rematadamente tonta. Que la respuesta es afirmativa lo saben hasta las ratas.
—¿Se casará con ella? —le preguntó.
—Quisiera que nos casáramos, pero ella adora el dinero y yo no soy rico. Aquí, en esta localidad, el único verdaderamente rico es Jimmy Millet.
— De todos modos, usted y Karen suelen verse a menudo... Me lo han asegurado. Tal vez no sea cierto.
—Es cierto —admitió. Y terminó añadiendo—: Karen se siente atraída por mí, pero sólo en plan íntimo, sexual. Lo malo es que yo siento por ella mucho más que eso. Yo estoy enamorado de ella de los pies a la cabeza.
—¿Qué opina — terció Joel Langvin de pronto — de esas muertes? un hombre en la playa y dos mujeres en la cueva...
— El devanarse los sesos lo dejo para el inspector Deng y para usted. Así se ganan sus respectivos sueldos, ¿no?

CAPITULO IX

Al día siguiente, Joel Langvin había de ausentarse de Bigurdsson. Pero no dejó libre su habitación en el hotel de la señora Vernom, por lo que quedó claro que iba a regresar.
Así se lo confirmó a Kitty, ya al volante de su coche descapotable.
— No tardaré en regresar. Espéreme.
La muchacha le esperó con impaciencia, no soportaba la idea de no volver a verle. Además, que si había alguien capaz de averiguar el porqué exactamente de la muerte de su tía, ése era Joel Langvin, estaba segura.
Durante aquella ausencia, la muchacha dedicó su tiempo a ver entrar y salir del hotel a Jeffrey, a quien, por el motivo que fuera, seguía seduciéndole la idea de prolongar su permanencia allí.
Aquella noche, Jeffrey se le acercó. La vio cenando sola y debió pensar que un poco de compañía no le sentaría del todo mal.
—¿Puedo sentarme? — le preguntó.
—Si te empeñas... —su gesto no fue excesivamente cordial—, No quiero parecerte mal educada.
— Eres una muchacha encantadora —aseguró Jeffrey. Había de añadir—: Conmigo no estás muy amable, pero es totalmente comprensible. Me caso con tu tía y te quito la herencia. Desde luego es para aborrecerme.
—Yo no te aborrezco por eso —repuso Kitty.
—Entonces, ¿por qué? Supongo que no creerás que yo deseara la muerte de tu tía...
—Su muerte no está debidamente explicada —manifestó Kitty—. Así que, me veo obligada a recelar de todo el mundo, de ti el primero, lo lamento.
— No eres muy ceremoniosa.
—¿Por qué tendría que serlo?
— No sé, tal vez porque soy joven, guapo y rubio, y porque gusto mucho a las mujeres —se rió no sin cierta simpatía.
— No eres mi tipo.
—Comprendo, los prefieres como ese detective.
—Posiblemente.
—¿Quieres saber una cosa que todavía no he dicho a nadie? Cuando llegué a Cannorlles y os conocí, a tu tía y a ti, me hubiera gustado que la rica fueras tú, no ella. Pero yo estaba lleno de deudas y no podía permitirme el lujo...
—Te comprendo perfectamente — dijo Kitty, con ironía.
— Pero ahora todo ha cambiado — repuso Jeffrey—, Y puesto que ni tú ni yo podemos devolver la vida a tu tía, tampoco sería nada desacertado que pensáramos en nosotros...

—¿No te he dicho ya, Jeffrey, que no eres mi tipo?
—Si te casaras conmigo —observó Jeffrey— volvería a ti la fortuna de tu tía. De lo contrario... —no terminó la frase por considerarlo innecesario.
— Nunca se me ha ocurrido casarme por dinero —te hizo saber Kitty, tajante en su afirmación.
— Es una lástima —aseguró él —. Una verdadera lástima, créeme. Hubiéramos sido muy felices.
—Te consolarás pronto de mi negativa, estoy segura —Kitty volvió a ironizar—. Siempre hay mujeres jóvenes y bonitas en tu vida. Las había incluso cuando vivías con mi pobre tía y le jurabas que le eras fiel.
— Para asegurar mi fidelidad se casó conmigo —dijo Jeffrey—. No cabe duda, tu tía era muy ingenua. Tenía que haberse hecho cargo, con una mujer como ella yo no podía sentirme suficientemente complacido. Contigo seria distinto...
—¿Por qué no pides tu cena y me dejas cenar tranquilamente a mí? —y de este modo Kitty hizo que su acompañante comprendiera que era mejor que cerrara la boca.
En aquel momento se acercó Laurie para preguntarle lo que deseaba que le sirviera, y la camarera llena de generosas curvas, de andar insinuante y ardiente mirada, pareció quitar a Jeffrey de encima toda la posible desilusión que pudiera sentir.
No obstante. Laurie no sonreía como en otras ocasiones. Resultaba obvio que algo la estaba inquietando.
Por eso, posiblemente, mientras trajinaba de un sitio para el otro, no cesaba de mirar si alguien entraba en el hotel. Era como si estuviera esperando a alguien.
Pero en el hotel sólo entró Peter, el tonto de la localidad, con sus andrajos de siempre. El cual se limitó a pedir un par de monedas a la señora Vernom. Y como sea que se las diera, se marchó en seguida.
Sin embargo, la joven y atractiva Laurie le había visto. Le faltó tiempo para salir tras él, si bien haciéndolo con toda la discreción posible.
— Menos mal que has salido —le dijo Peter al verla llegar—. Estaba temiendo que...
La había estado esperando cerca de allí. No muy lejos andaba su perro, su inseparable compañero.
— Lo nuestro ha acabado —sentenció Laurie—, Te lo dije el otro día. ¿Ya no te acuerdas?
— No te conviene que me enfade contigo — sonrió bobaliconamente él —. Lo sabes muy bien.
—Yo no he cometido ningún crimen —se defendió Laurie.
— Pero has hecho algo... Y eso no es todo, has reincidido, lo has hecho dos veces consecutivas...

—Eso no tiene nada que ver con...
—¿Cómo puedes estar tan segura? La coincidencia resulta tan... tan...
No dijo nada más. Un coche se había detenido ante la puerta del hotel. Acababa de llegar una nueva cliente. En esta ocasión, una señora alta y delgada.
— Debo irme —dijo Laurie —. Ya hablaremos en otra ocasión. Ahora no puede ser, compréndelo.
— Bueno — aceptó Peter.
En aquel preciso instante se detuvo otro coche. Un descapotable. Se trataba de Joel Langvin, que ya estaba de regreso.

* * *

Había de entrar en el comedor, acercándose a la mesa de Kitty con naturalidad. No le intimidó en absoluto que es tu viera acompañada.
—Ya estoy aquí —y se sentó tan tranquilo entre la muchacha y Jeffrey.
—¿Te ha ido bien? —le preguntó Kitty, aunque la verdad es que no sabía para qué se había ido.
—Aunque le haya ido bien no va a decírtelo —repuso Jeffrey—, menos aún estando yo presente. ¿No es eso, señor Langvin?
— Exactamente — contestó el detective.
— Me alegro de que ya estés de vuelta —sonrió Kitty.
— Me sabe a gloria oírtelo decir — contestó Joel Langvin.
—Vaya, vaya... — observó Jeffrey tras mirar socarronamente a ambos —. No sé por qué, pero me parece que estoy de más. Pues nada, les dejo. Me gusta ser discreto. Le diré a Laurie que me sirva en otra mesa.
Se retiró, sin más.
Joel Langvin había de decir a continuación, mientras, sobre la mesa, estrechaba la mano de Kitty.
—Te confesaré mis sentimientos en cuanto descubra al culpable. Pero ahora, lamentándolo mucho, debo dedicarme exclusivamente al caso... Así que me veo obligado a dejarte...
—¿Adónde vas a ir? —quiso saber Kitty—. Si es que puedo preguntártelo.
—Puedes preguntármelo. Lo malo es que yo no puedo responderte.
—Perdona —se disculpó, pero se había sentido un poco dolida.
— No te lo tomes a mal — le dijo él —. Es que no quiero que corras peligros, y si te dijera a dónde voy, seguro que querrías acompañarme.
—Si sólo se trata de eso, déjame que vaya contigo. ¡Déjame, por favor!
— No, Kitty —se mostró firme en su respuesta.
—Como quieras — terminó cediendo ella.

Poco después, Joel Langvin había salido del hotel. Pero no se dirigió a la cueva, que era a donde tenía pensado ir.
De pronto se dijo que sería mejor, más discreto, más prudente, que antes de nada se dedicara a averiguar lo que hacían por las noches ciertas personas...
De ellas, de su pasado, de lo que hasta entonces había sido sus vidas, se había informado ya convenientemente. Ahora le faltaba saber lo que esas vidas eran en la actualidad.
Se había enterado de que Karen había nacido en los suburbios de Londres, en una vivienda muy humilde donde apenas había para seguir adelante. Pero a sus padres todos los sacrificios les habían parecido pocos para que la chica estudiara. Ella había elegido el magisterio.
Lo lamentable fue, que cuando la carrera estuvo concluida y todo empezaba a sonreírles, sus padres tuvieron un accidente ferroviario. Su padre murió y su madre tuvo que ser ingresada, primero en un hospital y luego en un centro de rehabilitación, de donde, desgraciadamente, no podría salir en muchos meses. Entonces Karen se juró a sí misma que ella no tardaría en hacer dinero y que disfrutaría de la vida antes de que los buenos momentos se acabaran. No mucho después fue destinada a Bigurdsson. Desde luego, había estado con su tío, un hermano de su madre, la noche en que Mick Floom murió sepultado por la opresión y el ahogo de la arena.
Supo que Eric Lee, el ayudante del doctor Moddmer, había deseado ser un buen médico. Pero los estudios se le hicieron cuesta arriba y de enfermero no pudo pasar. Nunca había dado la sensación, sin embargo, de estar disgustado consigo mismo. Pared a bastarle con lo que había logrado. Si bien, en plan de amores, ya era otra cosa. Nunca había tenido suerte con el sexo femenino. Sus compañeras de estudio siempre preferían a otro que no fuera él y a esto, había de reconocerlo, no se había acostumbrado tan fácilmente. Aunque, claro, con el tiempo a todo se acostumbra uno.
En cuanto al doctor Moddmer, había sido un buen estudiante, aprobado en todos los cursos. De familia bastante acomodada, todo, ciertamente, había resultado sencillo para él. Aún así, no había logrado enamorar a una muchacha que conoció un día de lluvia, en la calle, y que resultó que traba jaba en un circo que estaba de paso por la ciudad. Ella era trapecista y hacía un número que gustaba mucho al público. El doctor Moddmer, ya con el diplomo bajo el brazo, se declaró, pero la chica no quiso casarse. Le dijo que a ella le gustaba aquello y que además su padre trabajaba en su mismo número, y que casarse con él sería renunciar a todo, y que no se veía capaz de hacerlo. El doctor Moddmer, que durante las últimas semanas había merodeado a diario por el circo, se hizo cargo. Le deseó buena suerte

y se retinó como un muchacho bien educado. Quedó claro que, en el fondo, aquello no le había dolido excesivamente.
Por lo que se refiere a la señora Vernom, años atrás había trabajado en un taller de confección, y aunque aquello le agradaba, pronto terminó comprendiendo que nunca saldría de la mediocridad si no buscaba una salida más airosa. Por aquel entonces, conoció al señor Vernom, un hombre con bastante mala salud, que se obstinó en casarse con ella. A ella le encantó saber que era dueño de un hotel. Ella siempre había soñado con ser la dueña de algo. Así que aceptó a! señor Vernom.
Jeffrey había sido siempre una oveja negra. Había llevado una vida tan inquieta y agitada que no podía resultar fácil sacar a flote todas sus andanzas. Pero habían bastado el conocimiento de unas cuantas, evidentemente, para que quedara expuesto el hecho de que se trataba de un joven sin demasiados escrúpulos, dispuesto en todo momento, por descontado, a pasarlo bien. Había viajado mucho por Europa y América. Según se aseguraba, en Colombia o Ecuador, o por aquellas tierras, había tenido un hijo. Ultimamente había acumulado incontables deudas, de las que le había salvado Viola Howart, con quien, tras unos meses de íntimas relaciones, acabó contrayendo matrimonio.
Del viejo Jimmy Millet había poco que contar. Su vida tenía una trasparencia absoluta. Hijo único de una familia muy rica, se casó joven y enviudó unos años después. No tuvo descendencia. Poseía varias residencias, una de las cuales se hallaba en Bigurdsson, donde le gustaba vivir. Siempre había tenido fama de mujeriego y seguía teniéndola. Pero sus aventuras eran triviales, carecían de importancia. Al menos así había sido hasta entonces.
Max Telles había nacido en la localidad. Salía a menudo con su camioneta, pero regresaba en cuanto concluía con su trabajo. Antes no era así, se entretenía en los bares, en las discotecas. Un día, sin embargo, se vio injustamente mezclado en un asunto de drogas y fue detenido por la policía. No se le pudo imputar nada y fue puesto en libertad. Pero desde aquel día, tanto él como su madre parecían estar temiendo que el desgraciado incidente volviera a ser noticia.

CAPITULO X

Joel Langvin consiguió averiguar más cosas de todos ellos. De todos, incluida Laurie, la llamativa camarera del hotel. Tampoco se olvidó de Peter, el tonto de la localidad.

Pudo comprobar que Max Telles solía salir de su casa, ya de noche, y que se iba a la de Karen, muy cerca de la arena de la playa, oyéndose ya el rumor del mar. La maestra, acompañada de su perro, le recibía con indudables deseos de hacer el amor.

Eric Lee, el ayudante del doctor Moddmer, salía a pasear a su perro a eso del atardecer y estaba deambulando por los alrededores hasta ya muy tarde. Luego se metía en su casa. Una casa apartada, bastante parecida a la de Max Telles.

Por lo que respecta a la señora Vernom, esa mujer aún joven, de buen ver, tenía la costumbre de dejar entreabierta la puerta trasera del hotel. Por esa puerta se colaba el doctor Moddmer, quien no salía de allí hasta las tantas de la madrugada. Desde luego, lo hacían todo con suma discreción.

Se enteró, también, de algo chocante y sorprendente. Laurie, la camarera llena de tentadoras curvas, de andar insinuante y de ardiente mirada, abandonaba el hotel y se reunía con un hombre. Lo que, ciertamente, no tenía nada de extraordinario. Pero sí, resultaba extraordinario porque ese hombre era el andrajoso Peter. A quien todos, sin excepción, consideraban el tonto de la localidad.

Punto y aparte merecía el comportamiento de Jeffrey, que se empeñaba en conquistar a Laurie, pero que, viendo que ésta prefería incomprensiblemente al tonto de Peter, se limitaba a salir de noche y a buscar la primera compañía femenina que se le pusiera por delante. Esta acostumbraba a ser alguna muchacha de la misma localidad, que regresaba un poco más tarde de lo habitual. No era fácil llegar a saber cómo se las arreglaba, pero se acercaba a ellas haciéndose el encontradizo, enseguida empezaban a hablar, continuaban riéndose y al poco se echaban sobre la hierba y hacían el amor.

* * *

En todo esto iba pensando Joel Langvin mientras, rodeado ya de las primeras oscuridades de una nueva noche, se acercaba a la cueva.

Iba a entrar allí, con una buena linterna en la mano como el caso requería, decidido a ver si seguía expedita la abertura por la que, días antes, Kitty y él llegaron a aquella extraña e insólita cripta. Donde se hallaban los ataúdes y la charca rebosante de un líquido espeso, que hervía, que burbujeaba, y que desde luego no era agua; y donde los murciélagos anidaban en lo alto y donde, asimismo, había aparecido la sombra del jorobado.

Tenía precisión de contemplar de nuevo todo aquello. Había llegado el momento de sacar conclusiones terminantes y definitivas, y no podía cometer el error de equivocarse.
Llevaba la pistola en la sobaquera. Pero estaba convencido, o casi convencido, de que no iba a necesitarla.
Mejor así. Siempre hay tiempo para las situaciones extremas, limites.
No obstante, la verdad sea dicha, así que entró en la cueva captó algo, no supo exactamente qué. Cambió de opinión. Iba a necesitar la pistola, o por lo menos la contundencia de sus puños.
Pero de momento todo siguió igual, silencioso, y continuó adelante. No iba a detenerse porque le hubiera parecido que tenía compañía.
Acertó a seguir el mismo derrotero de aquel otro día, cuando oyó gritar a Kitty y echó a correr en su ayuda. Por lo que, por los intrincados caminos de la cueva no tardó en llegar a ese lugar donde las rocas, escalonadas entre sí, convertidas en desiguales peldaños, permitían, no obstante, ascender.
En lo alto, en efecto, estaba la abertura. Y seguía como la habían dejado. Parecía como si nadie se hubiera percatado de que Kitty había encontrado, si bien de un modo casual, fortuito, el resorte que dejaba abierto el camino hacia el interior de la inquietante cripta.
Se deslizó por el boquete, sin dificultades, poniendo los pies en la rampa. Y fue descendiendo con cuidado, poco a poco. Debía tomar ciertas precauciones.
Ya abajo, rodeado de ataúdes y del contenido de los mismos, muy cerca, por descontado, de la charca espesa, hirviente y burbujeante, cayó en la cuenta de que algo no estaba como la última vez.
Le costó captar lo que eso podía ser, pero terminó sabiéndolo. Uno de los ataúdes se hallaba colocado en otro sitio, de otra forma.
Dirigió hacia allí, con rapidez, el foco de su linterna. Si había alguien escondido, quizá le descubriera.
No vio a nadie y pensó que, posiblemente, se había excedido en sus suposiciones.
De pronto, oyó un alboroto de aleteos. No se sobresaltó, ni siquiera se sorprendió. Sabía que ahí dentro había murciélagos, y siendo así, sin duda los había en profusión.
Siguió enfocando su linterna por un lado y por el otro. Sabía que existía una salida. Le hubiera gustado conocerla.
En eso, oyó un crujido tras él. ¿De qué podía tratarse si a sus espaldas sólo había un ataúd...? Lo adivinó. La tapa del ataúd debía estar abriéndose. ¿Para dar salida al esqueleto que contenía, una de las infelices víctimas del jorobado apellidado Nobbert?
Hubiera sido mucho suponer, más allá de lo que resultaba lógico en un hombre tan equilibrado como Joel Langvin, que siempre tenía las plantas de los pies muy bien colocadas en el suelo. Sabía de sobras

que los esqueletos se están quietos, que se quedan donde se les deja.
Pero el detective no pudo menos de quedar un poco envarado al girarse y ver que la tapa de aquel ataúd, en efecto, se estaba abriendo, y que de su interior salía un jorobado...
Eso demostraba, en primer lugar, que Kitty no había visto visiones. Ahora bien, y en segundo lugar, ¿qué explicación podía tener iodo aquello? ¿Quién era ese jorobado?
Su presencia le había desconcertado un poco. Desde luego. no lo suficiente como para conceder ventajas al insólito personaje. Al que no podía ver la cara porque la llevaba cubierta con un pañuelo de gasa.
El jorobado creyó, sin embargo, que le tenía suficiente turbado y confundido como para poder beneficiarse de ello. Por lo que, saliendo de un salto del ataúd, se lanzó sobre el detective. Llevaba un cuchillo que. a la luz de la linterna, lanzó unos destellos realmente escalofriantes.
Joel Langvin soltó la linterna y se decidió a defenderse de aquella arma blanca que no iba a andarse con chiquitas. Esto era lo primero que tenía que hacer. El contraataque vendría después.
Y vino, por lo que su enemigo, alcanzado con un derechazo inesperado y demoledor, cayó aparatosamente hacia atrás, soltando el cuchillo. Ambos contendientes, pues, quedaron ya en igualdad de condiciones.
Lamentable igualdad para el adversario de Joel Langvin, ya que era mucho menos fuerte físicamente y ahora en realidad estaba en franca inferioridad.
Apenas unos segundos después, el detective había dominado ya la situación, agarrándole con fuerza, inmovilizándole. Además, no se conformó con eso y quiso hacerle hablar, en seguida, sin más demora, para lo que le sujetó el brazo derecho y se lo llevó hacia atrás, hacia su espalda, dispuesto, si no se avenía a razones, a rompérselo.
— ¡Habla, dime quién eres...! — le apremió.
El pañuelo de gasa seguía sobre su rostro. No podía saber a quién encubría.
De no estar en medio de tanta oscuridad, posiblemente a
Joel Langvin le hubiera bastado con ver sus ojos, pero aquellas tinieblas ponían trabas a su pretensión.
Vio que se negaba a responder, mientras se removía y forcejeaba. Tuvo que retorcer aún más su brazo. Pero no extremó su fuerza, pues hacerlo hubiera equivalido, cierta mente, a rompérselo. Le daría una nueva oportunidad.
—¿Quién eres y por qué querías matarme?
Por un momento logró liberarse un tanto de la presión que Joel

Langvin imprimía a su brazo y dio unos cuantos pasos, pero sin saber hacia dónde los daba.
Joel Langvin corrigió el trazado de los mismos, pues sin darse cuenta se había dirigido rectamente hacia la charca, y como sea que él seguía sin soltarle, se hubieran ido los dos, sin remisión, inevitablemente, hacia aquel endemoniado lugar.
Hubo otro forcejeo. En esta ocasión se alejaron de la charca. Y ahora estaban junto a una de las paredes de la cueva, donde, ya agotada su paciencia, el detective exclamó por última vez.
— ¡O hablas ahora mismo o te aseguro que...! —y retorció más su brazo, pegándoselo a la espalda.
Un ahogado y a la vez terrible gemido salió de la boca de su adversario, al tiempo que su brazo y todo su cuerpo dejaban de oponer resistencia.
Joel Langvin le soltó. Había comprendido que ya era inútil tenerle sujeto. Aprovechando aquella casi absoluta oscuridad, alguien, que conocía mejor que él los intrincados caminos de la cueva, acababa de silenciar a quien, evidentemente, hubiera terminado hablando más de la cuenta.
Ya sin que Joel Langvin le sujetara, el hombre con el rostro tapado con un pañuelo de gasa, dio una media docena de tumbos, como si estuviera del todo borracho, y terminó desplomándose en el suelo. Muerto. Con su propio cuchillo clavado en la mitad del pecho.
La mano asesina lo había recogido del suelo. Así debía ser, porque ya no estaba donde cayó.
El hombre se había desplomado a menos de dos palmos de la charca, que en ese momento pareció burbujear más, como si se hubiera quedado con las ganas de que aquella presa no se le escapara.
Joel Langvin pensó, en un primer momento, en perseguir al asesino. Pero se hizo cargo, iba a ser inútil intentarlo. No daría con él. Existía una salida secreta y por allí estaría escapándose ya en aquellos instantes.
Se dirigió hacia el muerto, que ya, claro está, había dejado de fingir que era jorobado.
Le quitó el pañuelo de gasa, dejándole el rostro al descubierto.
Era Eric Lee, el ayudante del doctor Moddmer.

CAPITULO XI

Estaba a la espera de que llamaran a la puerta de su habitación, pidiendo permiso para entrar.
—Adelante —dijo al oír el ruido que hacían los nudillos.
La puerta se abrió y se dejó ver, sonriente y muy insinuante, la camarera del hotel.
—Tengo que hablar contigo, Laurie... Te llamas Laurie, ¿verdad?
—Sí, señor — contestó la muchacha, que intencionadamente movió su ondulante y sugerente cuerpo.
—Pasa, acércate... Pero antes cierra la puerta, por favor.
Laurie se imaginó algo a su aire. Sabía que era joven y atractiva y que a los hombres les gustaba acostarse con ella. A ella, por lo demás, no le desagradaba en absoluto que fuera así. Menos aún cuando se trataba de hombres como el que ahora tenía delante.
Cerró la puerta y se acercó, sonriente.
— Estoy a su disposición, señor. Dígame en qué puedo servirle.
— La cosa no va por donde te imaginas — le hizo saber por las buenas —. El asunto, sin embargo, va de sexo... Dime, ¿qué le ves a Peter, al que todos consideran y catalogan como el tonto de la localidad?
—¿Que qué le veo a Peter... ? —inquirió Laurie, de pronto poniéndose muy nerviosa. Acababa de comprender que era el detective, sólo el detective, el que estaba ante ella —. No comprendo... ¿Qué es lo que me pregunta?
— Mira, Laurie, será mejor que hables claro. Es ésta la única oportunidad que tienes de salir bien librada.
—¿Salir bien librada? De veras, no comprendo...
—Jeffrey es un hombre joven y guapo y te va detrás... Tú no le haces caso, ni a él ni a ningún otro, y sin embargo te reúnes con Peter y haces el amor con él... ¿Te das cuenta? es absurdo, no tiene sentido... A menos que tengas algo que callar y Peter te amenace con delatarte si no le complaces.
—Tiene usted demasiada imaginación —dijo Laurie, pero de un modo muy poco convincente.
—Será mejor que hables — le advirtió Joel Langvin —. Han habido varias muertes y este asunto no va de juego.
—¿Qué tengo yo que ver con esas muertes? —se atragantó Laurie.
—Dime por qué complaces a Peter en sus requerimientos amorosos y deja que yo estime en todo su justo valor lo que tú puedas contarme. ¿Vale?
Laurie comprendió que había perdido su facultad, su capacidad de autodefensa. Se sintió totalmente desarmada. En realidad, aquel asunto la tenía ya muy preocupada, cada día más. Se dispuso a ser

totalmente sincera.
—Se lo contaré todo — dijo.
— Buena chica. Así me gusta.
— Hará unos quince días — le comunicó Laurie — recibí una llamada telefónica y una voz me dijo...
—¿Una voz de hombre o mujer? — preguntó el detective.
— No sabría decírselo — contestó Laurie —. Me dijo... —continuó— que si hacía lo que iba a pedirme me enviaría un sobre con cuatrocientas libras. Sólo tenía que salir del -hotel por la puerta trasera, coger un pequeño frasco de perfume que me encontraría ahí mismo, en el suelo, y echar parte de su contenido en el frasco de perfume de Viola Howart... Se trataba solamente, me aseguró, de una broma entre amigos... Yo, tras destapar el frasco y oler a heliotropo, me dije que nunca había podido ganar un dinero tan fácilmente.
—Sigue.
— Hice lo que me había pedido y recibí el dinero por carta. Pero..., pero...
—Viola Howart murió.
—Sí, murió. Pero ¡eso no tenía nada que ver conmigo! Yo estaba segura de ello... Por eso, cuando días después recibí otra llamada telefónica y un nuevo encargo...
—Tenias que poner perfume de heliotropo al perfume de la anciana que acababa de llegar al hotel.
— Efectivamente — reconoció Laurie —. Pero hágase cargo, yo no podía imaginar nada malo... De ello que, por otras cuatrocientas libras, volví a hacer lo que se me pedía... Sin embargo, Peter me amenazó con decir lo que había hecho... Se había enterado, ¿sabe? Y me amenazó... Yo no creía que tuviera que ver una cosa con la otra, pero al enterarme de que también la anciana había muerto a dentelladas de perro, me asusté, me entró miedo y, en fin, que para que Peter calle me reúno con él... Pero estoy harta de soportarle y le he dicho, ya de forma definitiva, que lo nuestro ha acabado...
—Oye, Laurie, ¿has recibido ya la tercera llamada telefónica?
—Sí —asintió.
— Debes mezclar el perfume de heliotropo al de esa señora alta y delgada que acaba de llegar al hotel, ¿no es eso?
—Sí — asintió de nuevo Laurie —, Pero no, esta vez no voy a hacer nada. Nada en absoluto. Se lo aseguro a usted...
—Sí vas a hacer algo —le dijo Joel Langvin —. Y vas a hacerlo ahora mismo.
—¿Qué es ello? — preguntó la camarera.
—Darme el frasco de heliotropo a mí.
—¿A usted?
— Me las doy de muy hombre —puntualizó Joel Langvin—, pero por

una vez en la vida voy a perfumarme como una mujer.

* * *

— Encuentro insólito, desconcertante, casi increíble, la explicación que da usted a los hechos acaecidos, señor Langvin —dijo el inspector—. Pero me pongo a su disposición. Puede contar conmigo para lo que sea.
—Gracias.
— De cualquier forma, considero que va a arriesgarse demasiado. Según me ha dicho, va a ponerse encima ese perfume de heliotropo...
—Y voy a visitar la cueva —repuso Joel Langvin —. Si todo es como yo creo, el perro me atacará. Y cerca del perro estará su dueño, por lo que habremos llegado al desenlace de la historia, que es lo que pretendemos.
—Parece haber olvidado —observó el inspector Deng— que el perro infiere unas dentelladas tan súbitas y tan fieras que en breves segundos acaba con la vida de sus víctimas.
Llevo pistola —hizo constar Joel Langvin —, Mataré al perro antes de que él acabe conmigo.
—Si las dentelladas de ese perro seccionan la yugular y las carótidas en breves segundos —insistió el inspector—, ¿cómo va a tener tiempo de... ?
—De una manera muy sencilla, tomando de antemano las debidas precauciones —le comunicó el joven —. Verá, como sé que el perro me saltará a la garganta en cuanto me vea, me pondré una gorguera especial, hecha de cuero, y eso será suficiente para detener el primer ataque. Y antes del segundo yo habré ya disparado, puede darlo por seguro.
— Bien pensado eso de la gorguera —estimó el inspector Deng.
— Por lo demás, usted y sus hombres no andarán lejos —dijo Joel Langvin—, Podrán intervenir así que lo consideren oportuno. Pero no antes —hizo constar — de que haya aparecido el dueño del perro.
— De acuerdo.
— Precipitarse significaría — quiso aclararlo — que el asesino tuviera opción a escapar. No hay que olvidar que en la cueva existe una salida secreta y que nosotros ignoramos cuál es.
—Se hará lo que usted ha dicho —aseguró el inspector Deng.

CAPITULO XII

La señora alta y flaca, la nueva cliente del hotel, se estaba dirigiendo a la cueva. Desde que había empezado a beber el agua se sentía mejor.

Pero no llegó hasta el pequeño manantial. Joel Langvin se le puso por delante y le dijo:

—Vale más que vuelva al hotel, señora.

— Pues ¿qué pasa...? — preguntó asombrada.

— Regrese al hotel y pregunte allí. Se lo explicarán... —no obstante, prefirió dejar el caso lo suficientemente aclarado—. En esta cueva han habido dos muertes. No querrá usted ampliar la lista, ¿verdad?

La señora alta y delgada se puso a templar, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos todo lo rápidamente que pudo.

Por su parte, Joel Langvin se quedó quieto, mientras observaba cómo la buena mujer se perdía a lo lejos. Luego miró hacia la bóveda celeste, dándose cuenta de que el cielo se estaba encapotando, oscureciendo. No parecía que fuera mediodía.

Acto seguido, tras destapar un pequeño frasco y echarse encima el contenido, se adentró en la cueva. Junto al pequeño manantial, cuyo rumor cantarín era lo único que sonaba bien allí, se detuvo. Era lo que hubiera hecho la señora alta y delgada.

Miraba hacia el interior de la cueva. Un lugar oscuro, negro, donde las tinieblas eran tan intensas que parecían poder cortarse.

En eso oyó algo, como una voz que llegara hasta él tras dar y rebotar en las paredes de la cueva y convertirse en un extraño eco. Supo ya, sin necesidad de más, que el momento elegido había llegado o que iba a llegar de un momento a otro.

Movió las articulaciones de sus dedos, para agilizarlos. Debería llevarlos rapidísimamente hacia la pistola que, en la sobaquera, esperaba su momento.

En efecto, no se había equivocado. Perforando la densa oscuridad que reinaba en el interior de la cueva, acababan de surgir ante él, ardientes y brillantes como brasas, los amenazadores ojos de un perro. Un perro enorme, de poderosa, impresionante y estremecedora dentadura.

De súbito saltó sobre él, y sus fauces se abrieron y se cerraron sobre su garganta.

Pero sus incisivos dientes no pudieron con la gorguera de cuero.

Joel Langvin había empuñado la pistola y acababa de disparar.

El perro cayó muerto.

En aquel preciso instante su dueño se dejó ver...

Creía que sólo iba a encontrarse con la nueva víctima, en este caso la mujer alta y delgada. De ello que cometiera el error de avanzar.

Cuando oyó el disparo, que le previno de que habían surgido imprevistos, ya era tarde para retroceder. Ahí no estaba muerta la señora alta y delgada, sino Joel Langvin, y vivo, muy vivo. Le apuntaba con una automática.
—Sabía que era usted, doctor Moddmer.
Un centelleo colérico brilló en las pupilas del médico forense. Había creído que era más inteligente que nadie. Acababa de comprender que se había equivocado.
—No va a escaparse —dijo no mucho después el inspector Deng, interviniendo.
Dos de sus hombres estaban tras él.
— Ha sido muy listo —reconoció el doctor Moddmer al ver que Joel Langvin se desprendía de la gorguera de cuero —. Y no sólo por proteger su garganta... También por comprender que debido al aroma de heliotropo... Debí acabar con usted en la gruta —añadió, rotundo, categórico —. Fue un error no hacerlo así... Si le hubiera seguido dando en la cabeza, hasta que le salieran los sesos, ahora no me encontraría en esta situación... Tampoco hubiera estado de más — siguió diciendo — que quitara de en medio a Kitty... Aquí en la cueva, se encontró con el perro y por poco me descubre a mí... Pero no, no pude hacer que el perro acabara con ella, la muchacha no olía a heliotropo...

* * *

Haría unos diez años, el doctor Moddmer fue a visitar a lord Cambell. Por aquel entonces el doctor Moddmer no vivía aún en Bigurdsson.
Lord Cambell le recibió en el regio despacho-biblioteca de su mansión. Se trataba simplemente de hacerle unas cuantas preguntas respecto a ciertos dolores que padecía. Algo sin importancia como quedó bien demostrado, pues bastaron unas pastillas para que las molestias desaparecieran.
Pero aquel día sucedió algo más.
Mientras el doctor Moddmer hacia la receta de la medicina que lord Cambell debería tomar, entró su esposa, rogándole que le sacara de la caja fuerte el objeto de arte que últimamente hablan comprado. Había llegado una amiga y deseaba enseñárselo.
Lord Cambell abrió la caja fuerte, tras poner en el debido orden los números de la combinación. No le importó que estuviera presente el doctor Moddmer. Tal vez porque se hallaba suficientemente alejado.
Sin embargo, el doctor Moddmer tenía una vista de lince y vio qué números eran aquellos...
Por lo demás, pudo reparar perfectamente en el contenido de la caja fuerte. ¡Maravillosas obras de arte, todas ellas de oro macizo!
Desde aquel día había pasado ya mucho tiempo, muchos años. Tanto

tiempo y tantos años que parecía lógico suponer que al doctor Moddmer se le habían olvidado aquellos números. Pero no, los tenía muy presentes. Como grabados a hierro candente en su cerebro.
Por eso, el día que en Bigurdsson conoció a Mick Floom, empezó a darle vueltas al asunto, y terminó diciéndose que, de llegar a ser fabulosamente rico, todo podría cambiar radicalmente en su existencia.
Además, sabía la clase de vida que actualmente llevaba aquella muchacha que conoció años atrás, la que trabajaba en un circo, con su padre, en un número de trapecio que gustaba mucho al público. Y saber eso equivalía a estar convencido de que, si se ponía de acuerdo con ella y con su padre, el plan concebido podía resultar perfectamente alcanzable. Y no, no debía olvidar, y eso era lo básico, lo primor- dial, que conocía a quienes le comprarían esas obras de arte. Siempre y cuando le fueran llevadas a domicilio y siempre y cuando, asimismo, el golpe hubiera sido dado con inteligencia, asegurando la impunidad a sus autores y a quienes, finalmente, se quedaran con la valiosa mercancía.
Le habló a Mick Floom. Le convenció fácilmente. Pero Mick Floom no era un hombre del que uno pudiera fiarse. Sufría de extrañas y horribles pesadillas, de las que sólo se libraba bebiendo whisky. A menudo bebía tanto whisky que acababa borracho. Era imposible confiar en una persona semejante. Para el robo sí, pues robar era lo suyo, pero nada más. Una vez hecho el trabajo estaría ya de más.
Por eso le citó en aquel lugar de la playa, exactamente donde la arena formaba un montículo. Antes le había preparado la trampa en la que se hundiría inexorablemente.
Poco después, asegurándose de que nadie le veía, el doctor Moddmer se apoderó de la maleta. No le costó hacerlo. Había quedado muy en la superficie.
Conseguido ya el fabuloso tesoro, se trataba de sacarlo de Bigurdsson sin que nadie recelara nada. No iba a ser una tarea fácil, pues si él no había salido de la localidad en muchos años, si de pronto salía, coincidiendo con aquel hecho acaecido, el inspector Deng enseguida sospecharía algo.
Para conseguir su propósito y quedar al margen de toda posible sospecha, sabía ya, exactamente, lo que tenía que hacer. De ello que hubiera estado amaestrando a su perro.
¿De dónde y de quién había aprendido aquel sistema de amaestrar...?
Cuando años atrás se enamoró de la muchacha trapecista, estuvo merodeando a diario por el circo, y conoció a muy diversos artistas. Uno de ellos, un tal Leonard, trabajaba antes en el teatro, en una obra de terror cuya única finalidad era estremecer al público. Su número consistía en salir al escenario con un hermoso perro y seis repelentes

serpientes. Las serpientes iban pintadas de distintos colores. El preguntaba al público que serpiente querían que muriera degollada a dentelladas por el perro y cuando el público elegía, Leonard se limitaba a decir «Mata a la serpiente pintada de rojo», o «Mata a la serpiente pintada de azul», o a la que fuera, según el público eligiera. Y su perro se lanzaba sobre la serpiente a la que el público había sentenciado y la degollaba a dentelladas en breves segundos. El público, asustado y emocionado, y a la vez estremecido, se quedaba sin saber el truco. Y el truco era bien sencillo. Al perro le irritaba, le enfurecía, le exasperaba el olor a heliotropo... Y una vez el público elegía la serpiente que había de morir, Leonard vertía disimuladamente perfume de heliotropo en su cuerpo. No era preciso más para que el perro acabase con él en brevísimos instantes.
El doctor Moddmer se había encargado de usar los mismos métodos que Leonard, por lo que había logrado idénticos resultados. Y su perro había llegado a odiar el heliotropo hasta los límites deseados.
Las víctimas, eso sí, habían tenido que ser forasteras, y precisamente de la localidad de Cannorlles, esta circunstancia no podía ciertamente ser otra. Pues se trataba de que las víctimas, una vez practicada la correspondiente autopsia, fueran llevadas y enterradas en el cementerio de dicha localidad.
En ese cementerio tenían un nuevo sepulturero, un hombre recio, fuerte, que sin embargo cojeaba ostensiblemente. Vivía con su hija, que también cojeaba, ella aún mucho más que su padre. Los dos habían sido trapecistas. Un mal día les faltó el número y como trabajaban sin red aquellas lamentables cojeras eran el resultado de lo sucedido.
Así que los cadáveres llegaran a ese cementerio, el padre y la hija se encargarían de sacarlos de sus ataúdes y de... Porque, claro, el doctor Moddmer, tras efectuar la autopsia, habría metido en el interior de sus cuerpos los objetos de arte.
Pero para todo eso hacía falta que Eric Lee, el ayudante del doctor Moddmer, aceptara colaborar. No, no se negó a hacerlo. Dijo, por el contrario, que por el dinero ofrecido sería capaz de vender su alma al demonio.
Había que pensar, también, en un buen lugar para que el perro atacara a sus víctimas. Y el doctor Moddmer, que había encontrado la entrada a la cripta y su salida secreta, pensó que ningún lugar mejor que aquél. Una vez efectuado el trabajo huirían por donde nadie había de encontrarles.
El doctor Moddmer, por lo demás, había de seguir viéndose por las noches con la señora Vernom. Sabía que el joven detective estaba olfateando el ambiente y pensó que sería bueno distraer su atención.
Lo que menos le gustó al doctor Moddmer, fue darse cuenta de que su

ayudante quería aprovechar las circunstancias para inclinar las sospechas hacia Max Telles. Lo amonestó por ello, diciéndole que permaneciera callado, que era lo mejor que podía hacer.
De todas maneras, Eric Lee se estaba poniendo muy nervioso. Por eso decidió actuar por su cuenta y acabar con Joel Langvin. Pero no muy seguro del éxito de su empresa, fingió, al salir de dentro del ataúd, que era jorobado. Si las cosas se ponían mal, pensó, huiría, y nadie desconfiaría de él, sino de un jorobado. ¿No vivió años atrás un jorobado en Bigurdsson? Además, que Eric Lee sabía que no hacía mucho había sido el propio doctor Moddmer quien, siendo sorprendido en la cripta por Kitty, alzó un hombro, bajó el otro, curvó la espalda e hizo que su sombra fuera la de un auténtico jorobado.
El doctor Moddmer comprendió que Eric Lee se había ido a la cripta, dispuesto a matar al detective si éste acudía de nuevo por allí. Si lo conseguía, reflexionó, tendría que felicitarle. Le habría quitado de encima un buen estorbo. Pero si fracasaba, todo sería distinto...
Por eso, al ir las cosas del modo que fueron, acabó con su vida clavándole el cuchillo en la mitad del pecho. No podía permitir que hablara.
Y en fin, que el doctor Moddmer creyó que, a pesar de tales incidentes, todo iba bien. Una nueva víctima, la señora alta y delgada, y ya los objetos de arte, en su totalidad, y además, también, las joyas de Viola Howart, habían salido de Bigurdsson.

CAPITULO XIII

—Al principio desconfié de Jeffrey, de él más que de nadie —reconoció el detective —. Mientras Viola Howart moría a dentelladas, él, según dijo, había estado contemplando el mar. No resultaba muy convincente. Pero apenas le conocí un poco mejor, comprendí que debía haber estado tras Laurie, la camarera del hotel, o tal vez tras cualquier otra muchacha. Resultaba sospechoso que se empeñara en seguir en esta localidad, desde luego, pero un simple asunto de faldas podía justificar su decisión, estaba convencido de ello. Aun así —agregó el detective — al ausentarme de Bigurdsson me informé de cuanto me fue posible respecto a él, a su vida pasada, a todo aquello que pudiera concernirle. Sin embargo, fue usted, doctor Moddmer, quien acaparó de pronto mi atención...

Joel Langvin se detuvo unos instantes. Pero en seguida había de proseguir, diciendo:

—Me había enterado, que usted, años atrás, quiso casarse con una muchacha que era trapecista. Una muchacha que terminó sufriendo un accidente de trabajo, quedando gravemente lesionada, lo mismo que su padre que era quien hacía el número con ella. Actualmente vivían, ella y su padre, en la localidad de Cannorlles. La misma localidad, precisamente, de la que habían llegado aquí, a Bigurdsson, esas dos señoras que luego murieron a dentelladas... Como me facilitaron el nombre de ese circo, me desplacé hasta el lugar en que se hallaba emplazada su carpa. Lamentablemente, el dueño ya no era el mismo, ni tampoco los artistas. Pero uno de los taquilleros le había conocido a usted, doctor Moddmer, y fue él quien me explicó, como si nada, como si tal cosa, lo que usted solía interesarse por los trabajos de uno y otros. Y me explicó también, que cierto viejo artista le había referido a usted en qué consistía su número cuando trabajaba en el teatro, en una obra de misterio y terror. Salía al escenario con un hermoso perro y con seis repelentes serpientes, éstas pintadas de diversos colores y... Pero..., bueno, no hace falta que prosiga, ¿verdad, doctor Moddmer? Usted sabe perfectamente de qué le estoy hablando...

El centello colérico, en las pupilas del médico forense, se acrecentó.

—Ya me había dado cuenta, el perfume de Viola Howart y también el que llevaba la otra víctima, olían a heliotropo

— le hizo saber Joel Langvin —. Compréndalo, poco más me faltaba ya por saber. Pero sí, b supe sin pretenderlo, sin proponérmelo. Me enteré de que el padre de la muchacha trapecista, era el sepulturero de la localidad de Cannorlles...

— Dese por detenido — dijo en aquel instante el inspector Deng, acercándose al doctor Moddmer con las esposas en la mano.

Estaba convencido de que cuanto antes estuviera esposado aquel hombre capaz de tan terribles y retorcidas maldades, antes podrían respirar tranquilos.
— He perdido —aceptó el doctor Moddmer —. De acuerdo, inspector.
Pero apenas el inspector le colocó la esposa alrededor de su muñeca derecha, le dio un violento empujón. Se quedó, pues, con una esposa colocada y la otra colgando.
Lo que no fue inconveniente para que, tras el súbito rechazo, diera media vuelta y se precipitara en el oscuro y tenebroso interior de la cueva.
El doctor Moddmer conocía sus caminos, sus diversos e intrincados derroteros, así que le bastaría con tantear a un lado y al otro para saber por dónde iba. En este sentido no se le presentarían problemas.
Sin embargo, sabía que le perseguirían de inmediato. Sobre todo ese maldito detective que había terminado por complicarlo todo.
En efecto, ya le tenía detrás suyo. Acababa de ver la luz de su linterna alcanzándole los talones.
De todos modos, él conocía aquella cueva mejor que nadie. Conseguiría confundirle, despistarle, y llegaría a tiempo a la cripta. Una vez allí estaría a salvo, pues huiría por esa salida secreta que sólo él conocía.
Siguió avanzando, todo lo aprisa que pudo.
Llegó a esas rocas que, escalonadas entre sí. Formaban algo así a desiguales peldaños, y se precipitó hacia arriba. Buscaba ese boquete que daba acceso a la cripta.
Se deslizó por el agujero con facilidad. Aunque, por un momento, la esposa colgante se le enganchó a un saliente y tuvo que detenerse un poco.
Desde luego, Joel Langvin le seguía tan de cerca que iba a tener que ir muy ligero si pretendía que no le diera alcance. Al girar la cabeza, le había visto. Se puede decir que estaba allí mismo.
Pero él se hallaba ya en el interior de la cripta, habiendo dejado tras si la pronunciada rampa.
A su alrededor había, ahora, una absoluta oscuridad. Una absoluta e impenetrable oscuridad, que hubiera inquietado a cualquiera. Pero él, lo dicho, conocía todo aquello mejor que nadie.
No obstante, en su precipitación por huir no se acordó de que el día antes había quedado allí el cuerpo sin vida de Eric Lee, y si se acordó, quizá dio por descontado que el cadáver habría sido ya recogido, sacado de allí.
Pero el cadáver de Eric Lee seguía en el mismo sitio, muy cerca de la charca.
Así que, en medio de aquellas negras tinieblas, el doctor Moddmer tropezó con el cuerpo del muerto, dio un inevitable traspié y sin poder

frenar la marcha se precipitó sobre ese lugar que parecía creado por el propio diablo.
Un alarido terrible colmado, inflamado, henchido de terror había salido de su boca al perder el equilibrio y adivinar la suerte que le esperaba.
Instantes después, ya en medio del líquido espeso, hirviente, burbujeante de la charca, se puso a gritar con desgarrador desespero. Era espantoso, horripilante, el dolor que sentía en sus miembros. Era un dolor tan acerbo que no se podía soportar.
Vio a Joel Langvin, que se había deslizado ágilmente por el boquete y había descendido ya por la rampa. Como llevaba la linterna en la mano y enfocó la luz hacia la charca, acababa de percatarse de lo que sucedía.
Aunque, realmente, no hacía falta verlo para adivinarlo. Los horribles gritos del doctor Moddmer debían estar resultando hartamente elocuentes.
De todos modos, el doctor Moddmer no se hallaba plena mente hundido en la charca. Al caer, había conseguido sujetarse al borde del suelo. De ello que casi medio cuerpo le hubiera quedado fuera.
Por eso, porque parecía que aún había salvación para él, Joel Langvin pensó que tenía la obligación de ayudarle, de tenderle una mano, y nunca mejor dicho.
Así que, al margen de cualquier otra consideración, dejó la linterna en el suelo y le ofreció su mano fuerte, enérgica.
El doctor Moddmer se había hundido más en la charca. El líquido, espeso, hirviente, burbujeante, le llegaba ya a los hombros. Por eso sus gritos eran ya continuos, y henchidos, no sólo de terrible dolor, sino de un pavor, de un pánico demencial, desquiciado, que dilataba, sacudía y estremecía el contenido de sus venas.
A pesar de todo, y quizá porque sabía que su final era ya irremediable, el doctor Moddmer no agradeció la ayuda que le ofrecía el joven detective. Por el contrario, sintió por él un odio inmenso, desbordante, que le hizo exclamar, con furia, con rabia, como quien saca fuego por la boca:
— ¡Te arrastraré conmigo al otro mundo! ¡Muere, maldito!
Había aprovechado sus últimas fuerzas para coger la esposa que llevaba colgando y rodear con ella la muñeca de esa mano que generosamente se le tendía.
Joel Langvin intentó que el cierre de la esposa no encajara, no se cerrara del todo, pero fue inútil. Oyó el crec que significaba que aquello ya no se abriría a no ser con la correspondiente llave.
El doctor Moddmer seguía hundiéndose y sus gritos, no sólo no decrecían, sino que se hacían demenciales. Pero ahora había en sus ojos un brillo de extraño y endemoniado júbilo. Estaba convencido de que, al hundirse en aquella espeluznante charca, se llevaría consigo al

culpable de su fracaso. Bien mirado, era aquélla una pequeña compensación.
Pero Joel Langvin no estaba dispuesto a que la fatalidad le arrastra hacia aquel líquido espeso, hirviente y burbujeante, donde no cabía esperar más que la más horrible y espeluznante de las muertes. Así que se dispuso a oponer la máxima resistencia.
Era fuerte, vigoroso, y su fortaleza física estaba plenamente desarrollada. Sabía que, si ponía en acción, al límite, sus recursos, no lo tenía todo perdido.
Sin embargo, el doctor Moddmer seguía hundiéndose más y más, el líquido le llegaba ya a la boca, y el brazo se le iba hacia adentro, por lo que, en lógica consecuencia, hacia adelante se llevaba el del detective.
Mientras tanto, los gritos del doctor Moddmer se habían hecho realmente escalofriantes, enloquecedores. Más allá de la exacerbación, del paroxismo.
Fueron unos gritos, no obstante, que de pronto cesaron. La cabeza había desaparecido por completo bajo el endemoniado líquido. Ni siquiera los cabellos se veían ya.
Pero en su cuerpo aún había vida y sus convulsiones eran continuas.
En medio de todo aquel horror, Joel Langvin hubiera jurado que el doctor Moddmer seguía empeñado en arrastrarle al fondo de aquel infierno. Estiraba de su brazo a pesar de estar ya sumergido. Aunque quizá se debiera aquella presión a que la charca tuviera el poder de tragar, de engullir inexorablemente a sus presas.
— ¡Aguante, señor Langvin, ya voy en su ayuda! —exclamó el inspector Deng apareciendo por el boquete.
Pero el detective sabía que se habría decidido su suerte antes de que el inspector llegara a su lado.
El brazo del doctor Moddmer estiraba hacia abajo de una forma asombrosa, increíble. Aquella presión, desde luego, no podía durar. Así pues, o la vencía y se salvaba o se hundiría fatalmente en la charca.
Joel Langvin aguantó la presión. Sacó todas sus fuerzas.
Aunque, lo quisiera o no, se vio resbalando hacia el lugar fatídico. En realidad, ya sólo faltaban unos pocos centímetros para que la mano esposada del doctor Moddmer se hundiera en el alucinante líquido.
Siguió aguantando. Tenía que aguantar. Se la estaba jugando.
Pero su resistencia física poco más tuvo que dar de sí, la presión empezó a ceder, si bien poco a poco. Terminó dejan do de existir.
Ya había llegado a su lado el inspector Deng. De necesitar ayuda, la hubiera tenido ya. Pero no, ya no la necesitaba.
Joel Langvin, tras respirar hondo un par de veces, se incorporó un tanto, clavó una rodilla en el suelo y estiró...

¡Y del fondo del líquido espeso, turbio, hirviente y burbujeante salió un esqueleto! ¡Un simple y vulgar esqueleto! Sólo quedaba indemne una mano, con la esposa alrededor de su muñeca.
Estaba claro, el contenido de la charca había diluido y desintegrado el cuerpo que había caído en su poder.
El doctor Moddmer, en medio de dos minutos, se había convertido únicamente en un armazón óseo.

CAPITULO XIV

—Te lo aseguro — repuso Joel Langvin a la muchacha — cuando vi la esposa inexorablemente cerrada alrededor de mi muñeca, me prometí a mí mismo que no me casaría por nada del mundo.
—No seas tonto —contestó Kitty, sonriendo ante aquella broma.
—Pero, ¿sabes? — dijo él —. He cambiado de parecer. A propósito — terció—, no sé si te has enterado. Karen va a casarse con Max Telles.
—Les deseo que sean muy felices. Pero sigue con lo que me decías...
—Te decía que he cambiado de parecer — asintió Joel Langvin —. Y por eso te pido...
No hizo falta más. Sin darse cuenta se encontraron uno en brazos del otro, besándose.

F I N